

Esposa de alquiler

Emilie Rose

Esposa de alquiler

Emilie Rose

5º Mult. Los Garrison

Esposa de alquiler (2008)
Título Original: Secrets of the tycoon's bride (2007)
Serie: 5º Mult. Los Garrison
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo Miniserie 35
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Adam Garrison y Lauryn Lowes

Argumento:

Muy pronto su reputación de playboy sería cosa del pasado…

Adam Garrison necesitaba una esposa, una mujer perfecta y respetable… y la necesitaba ya. Lauryn Lowes era la candidata ideal para el puesto, una belleza natural e inteligente que además ya trabajaba para él.

Lo que Adam jamás habría imaginado era que Lauryn rechazaría su proposición, lo que provocó que el millonario se empeñara aún más en convertirla en su esposa, fueran cuales fueran las consecuencias.

Capítulo Uno

Lauryn Lowes sería una esposa perfecta para él porque ni la quería ni se sentía atraído por ella, pensó Adam Garrison.

En realidad, apenas la conocía.

Sus reuniones semanales desde que empezó a trabajar para él siete meses antes nunca les habían dejado tiempo para charlas personales. Ella trabajaba de día, cuando el club estaba cerrado, y él trabajaba por las noches, cuando Estate estaba abierto. De modo que sabía muy poco de ella salvo lo que estaba incluido en su currículum.

Un golpecito en la puerta le indicó que la mujer en cuestión acababa de llegar.

—¿Quería verme, señor Garrison?

—Entra, Lauryn. Siéntate, por favor.

Ella se sentó en una silla frente a su escritorio, tan seria como siempre.

Según su abogado, que era su mejor amigo y en cuyo sentido común confiaba por completo, Lauryn era la candidata perfecta para ser su esposa. Y no era una chica fea. Un poco sosa, sin maquillar, pelo rubio que siempre llevaba sujeto en un moño…

Pero también era una mujer inteligente e independiente. De no ser así, no la habría contratado para llevar las cuentas de un club nocturno multimillonario.

—¿Ocurre algo? Hoy no es el día de reunión habitual —Lauryn se colocó las gafas sobre el puente de la nariz antes de estirar primorosamente su aburrida falda azul marino.

Adam nunca se había fijado en sus manos, pero tenía unas manos muy bonitas. Claro que nunca había imaginado esas manos tocándolo. Íntimamente. Sus uñas cortas, naturales, no tenían nada que ver con las uñas largas y pintadas de rojo de las mujeres con las que él solía salir.

Pero además de una buena manicura necesitaba ropa nueva para hacer su papel. Y lentillas. Quizá un cambio de imagen. De no ser así nadie creería que la había elegido a ella como esposa cuando estaba acostumbrado a salir con las modelos y actrices que frecuentaban el Estate y su cama.

Él conocía a muchas chicas, pero ninguna de ellas era el tipo de mujer que necesitaba. En la Cámara de Comercio lo consideraban un *playboy* y una equivalente femenina no lo ayudaría nada. Lauryn, en cambio, no era una chica alegre. Adam había preguntado, discretamente, y nadie en el club sabía nada sobre su vida privada.

Lauryn carraspeó, recordándole que no había contestado a su pregunta. Eso era algo que siempre había admirado de ella: sabía

cuándo permanecer en silencio en lugar de charlar incesantemente.

—No pasa nada, Lauryn. De hecho, me gustaría ofrecerte un aumento de sueldo… una especie de ascenso —contestó por fin, con una sonrisa destinada a tranquilizarla. O a él mismo.

La verdad, no estaba convencido de que aquél fuera el mejor plan. Sólo tenía treinta años y le gustaba ser soltero. Entre la mala relación de sus padres y lo que veía todas las noches en el club nunca había pensando en casarse, pero no veía otra manera de conseguir su objetivo.

Él quería tomar parte en la dirección del negocio familiar y la única manera de conseguirlo, aparte de asesinando a sus dos hermanos mayores, era ganarse su respeto. Su padre había muerto inesperadamente en el mes de junio y ahora, en noviembre, Parker y Stephen seguían sin ofrecerle una posición de responsabilidad en Garrison Inc. porque no lo tomaban en serio.

Lauryn arrugó el ceño.

—No lo entiendo. Siendo la única contable de Estate no sé cómo va a darme un ascenso… ¿piensa contratar un ayudante? Porque le aseguro, señor Garrison, que puedo hacer mi trabajo sin ayuda.

—Adam —la corrigió él, no por primera vez.

Nunca parecía relajada a su lado. De hecho, siempre parecía un poco incómoda y no sabía por qué. Él se llevaba bien con todo el mundo, en particular con las mujeres. Más de un crítico había atribuido el éxito de Estate a su encanto personal. Él sabía cómo tratar con la gente, cómo hacer que los clientes se sintieran bienvenidos y quisieran volver.

Claro que nunca había intentado ser encantador con Lauryn Lowes. Ella era una empleada y ésa era una línea divisoria que no cruzaba nunca. Pero lo haría aquel día.

—El presidente de la Cámara de Comercio de Miami se retira el año que viene. Y, como imagino que sabrás, es un grupo muy conservador.

—Sí, lo sé.

—Yo soy miembro activo desde hace años, pero al Consejo de la Cámara no le gusta la idea de que un hombre soltero, especialmente uno que dirige un escandaloso club nocturno en South Beach, se convierta en presidente… por muy cualificado que esté.

—¿Quiere ser presidente de la Cámara de Comercio? —preguntó Lauryn.

La sorpresa que había en su tono fue como sal en una herida abierta.

—Pues sí. Y la única manera de entrar en la terna de nominaciones es convertirme en un hombre maduro y estable. Y para

eso necesito una esposa.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Tú eres la candidata perfecta.

Ella parpadeó un par de veces.

—¿Para ser su esposa?

—Eso es.

—Pero… ah, lo está diciendo de broma, ¿verdad? —sonrió Lauryn.

Bonitos labios, pensó Adam. Limpios, nada de carmín. Y sin colágeno.

Natural. Exactamente, Lauryn era natural.

Una pena que tuviese que cambiarla.

—No, no estoy de broma —le dijo, mostrándole una carpeta—. Brandon Washington, mi abogado, se ha encargado de organizar todo el papeleo. Te pagaré quinientos mil dólares al año durante dos años… más los gastos. Después de eso, nos divorciaremos discretamente. Firmaremos un acuerdo de separación de bienes, naturalmente. Lo que es tuyo seguirá siendo tuyo, excluyendo los regalos que yo te haya hecho, y lo que es mío seguirá siendo mío.

Adam sacó los documentos de la carpeta y los empujó hacia el otro lado de la mesa, pero ella no se movió.

—Puedes pedirle a tu abogado que los revise.

Lauryn, agarrada a los brazos de la silla, miraba los papeles como si fueran una cobra.

—¿Espera que acepte esta… proposición?

—Te pagaré un millón de dólares por no hacer nada. ¿Por qué no ibas a aceptar?

—¿Porque no lo quiero?

Un poco sorprendido, Adam se encogió de hombros. Conocía a una docena de chicas que habrían saltado de alegría ante esa proposición, pero no eran el tipo de mujer que necesitaba.

—Yo tampoco te quiero, pero sería una unión ventajosa para los dos. Vivirías en mi ático y te compraría un coche nuevo. Quizá un Mercedes o un Volvo. Hay que dar la impresión de que queremos formar una familia.

Lauryn lo miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Una familia?

—No vamos a hacerlo, claro, pero es parte del plan.

—¿Parte del plan? —repitió ella.

Que fuese rápida con los detalles era una de las cosas que siempre le había gustado de su contable, pero no estaba siendo muy rápida aquel día.

—La viva imagen de la felicidad doméstica: estables, maduros, pilares de la comunidad.

Ella sacudió la cabeza, atónita.

—Lo siento, es que no puedo creerlo. ¿Me está pidiendo de verdad que me case con usted?

—Sí.

—Señor Garrison… Adam. Lo siento, pero yo no soy la persona adecuada para ese… puesto.

—Yo creo que sí. Eres inteligente, seria y conservadora. Exactamente lo que yo necesito.

Adam había pensado que así la convencería pero, en lugar de eso, ella se levantó de la silla.

—Me siento muy halagada por su… proposición, pero me temo que debo declinar.

—Lauryn…

—La negativa no me costará mi puesto de trabajo, ¿verdad?

—No, claro que no. ¿Pero qué clase de imbécil crees que soy? Pero si te casas conmigo estarás demasiado ocupada haciendo… lo que hagan las señoras de la alta sociedad de South Beach como para trabajar aquí.

Adam se levantó para acercarse a ella y, por primera vez, notó que olía muy bien. Olía como las parras que crecían en el patio de su vecino. Y algo más… algo picante y atractivo.

—Considéralo unas vacaciones pagadas. Podrías ir de compras, a un balneario…

—Pero a mí me gusta mi trabajo. Lo siento, pero no. Estoy segura de que encontrará a otra mujer que…

—Quiero casarme contigo, Lauryn.

Ella levantó una mano temblorosa para colocarse las gafas, pero Adam la interceptó. Al tocarla le pareció como si saltaran chispas y se dio cuenta de que era porque estaba cruzando la línea divisoria entre jefe y empleada por primera vez.

Cuando le quitó las gafas comprobó que tenía unos ojos verdes extraordinarios, más brillantes que las aceitunas, más oscuros que la hierba. El tono exacto del agua en la costa de Miami.

Y su pulso se aceleró.

Por lo que estaba en juego, se dijo a sí mismo.

Él no se sentía atraído por aquella chica. Pero estaba bien que no le resultase desagradable su contacto.

—Seré un buen marido —la voz le salió más ronca de lo que pretendía y tuvo que aclararse la garganta—. Te garantizo que quedarás satisfecha.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Está diciendo que dormiríamos juntos?

—Dormir… no sé. A mí me gusta tener mi espacio. Tengo un estudio que podríamos convertir en un dormitorio para ti, así tendrás toda la intimidad que quieras. Pero, de cara a los demás, el nuestro debe parecer un matrimonio normal.

—Pero esperaría… sexo —insistió ella.

No parecía gustarle nada la idea y eso lo picó. Él era muy bueno en la cama. Había estado perfeccionando su técnica desde los dieciséis años. Y nunca había dejado a una mujer insatisfecha.

—Definitivamente. Estaríamos juntos dos años y eso es mucho tiempo para ser célibe. Y de ser infiel todo el mundo pensaría que no soy una persona de confianza.

Ella apartó la mano de golpe.

—No, no puedo.

¿Lo estaba rechazando? ¿Cuándo lo había rechazado una mujer? ¿Cuándo había tenido que ser él quien diera el primer paso? Normalmente levantaba una ceja y su elegida hacía lo que le pidiera. Todo lo que le pidiera.

Tenía que hacerle cambiar de opinión. Lauryn era la mujer más adecuada para ser su esposa… una persona que no era de su círculo y no le contaría sus secretos a todo el mundo. Además, no tenía tiempo de buscar otra candidata. La terna final de nominados sería propuesta en seis meses y eso significaba que tenía poco tiempo para demostrar que era un hombre estable y maduro.

—Di la cantidad que quieres, Lauryn.

—No es eso… creo que será mejor que me vaya.

—Te llamaré mañana.

—No, señor Garrison. No me llame. Si quiere volver a hablar de este asunto, no me llame.

Aquello no iba nada bien.

—Además del dinero habría otras ventajas…

—¿Dinero por vender mi cuerpo?

—Perteneciendo a los Garrison de Miami se te abrirían muchas puertas.

Ella emitió un sonido estrangulado.

—Me da igual estar en la lista de *VIPS* de todos los clubs de esta ciudad. Ni siquiera estoy despierta cuando abren.

Tenía la piel de color porcelana, no morena como la mayoría de las chicas en Miami. ¿Estaría tan pálida por todas partes?

—Supongo que, como es rico, cree que puede comprarlo todo. Incluso una esposa. O la presidencia de la Cámara de Comercio.

—Lauryn…

—No, déjelo. Antes de que esto se convierta en una demanda por acoso sexual. Supongo que su abogado le habrá advertido sobre eso, ¿no?

Oh, sí, Brandon había insistido en ello en cuanto le dijo que Lauryn era la candidata idónea. Y esa advertencia era la razón por la que no la besaba para demostrarle que podía complacerla en la cama. Pero no la convencería tan rápidamente y lo mejor sería una retirada. Por el momento.

—Permíteme recordarte la cláusula de confidencial de tu contrato. Cualquier cosa que tenga que ver con mis negocios, y eso incluye esta proposición o mi deseo de convertirme en Presidente de la Cámara de Comercio, no puede salir de este despacho.

—Nadie me creería si les dijera que Adam Garrison está intentando comprar una esposa. Pero no se preocupe, no diré nada… a menos que usted me obligue a hacerlo.

Después de decir eso salió del despacho y cerró la puerta tras ella.

Dejando escapar un suspiro, Adam se dejó caer en el sillón. Él estaba acostumbrado a que las mujeres lo persiguieran, no a que salieran corriendo como si tuviera la gripe aviar.

Como uno de los herederos de la fortuna Garrison, que consistía en hoteles y locales de entretenimiento, era un partidazo. Las columnas de sociedad y su declaración de Hacienda lo dejaban bien claro. Su familia estaba forrada y sus propias inversiones habían aumentado de valor con los años. Además, recientemente había heredado el quince por ciento del imperio familiar y decir que era un hombre acomodado sería decir poco.

Y se había mirado en un espejo. No era feo precisamente.

Entonces, ¿por qué Lauryn no mordía el anzuelo?

Debía haber algo… algo que pudiera usar para convencerla.

Lo único que tenía que hacer era encontrarlo.

Aquel hombre tenía que estar loco.

Lauryn soltó el bolso, las gafas y las llaves sobre la encimera de la cocina y se dirigió al dormitorio de su minúsculo apartamento quitándose las horquillas del pelo.

Un matrimonio de conveniencia.

¿Qué era aquello, una novela romántica? Ella era aficionada a leerlas, pero no pensaba que pudieran hacerse realidad.

Claro que se había ido a Florida específicamente para conocer a Adam Garrison.

Pero no quería casarse con él.

Era un famoso mujeriego que salía con una modelo o una actriz diferente cada noche. Y con su pelo negro, sus ojazos azules y su sonrisa devastadora, invariablemente elegía mujeres tan atractivas como él.

Pero el atractivo físico, y eso era algo que ella había aprendido de la manera más dura, a veces escondía una fea personalidad. Y atraía una atención indeseada. Por eso había empezado a vestir de forma que pasara desapercibida.

Lauryn se quitó el traje, que colgó en una percha, y luego los zapatos, que guardó en el armario.

—Dice que a él le gusta tener su espacio, pero seguro que nunca se va a la cama solo —murmuró mientras se ponía un viejo pantalón de chándal y una camiseta de su padre—. Seguramente después del orgasmo las manda a casa en un taxi.

Como contable no podía dejar de pensar en todo lo que podría hacer con un millón de dólares… empezando por engordar una cuenta corriente que había vaciado para pagar el viaje a Miami desde el otro lado del país con objeto de trabajar en el club de Adam; un trabajo que había buscado cuando su investigación reveló que él era el nuevo propietario de cierta mansión.

¿Pero casarse con él? No, de eso nada. Ella tenía un desastroso matrimonio a sus espaldas y no era una experiencia que quisiera repetir.

Aunque fuese un matrimonio de conveniencia.

Y muy lucrativo.

«Olvídate de eso».

Suspirando, sacó de la nevera los restos de comida china de la noche anterior y los metió en el microondas. El olor de las gambas con guindilla se mezcló con el de la naranja que estaba pelando.

«Si vivieras con él lo conocerías bien».

¿Lo suficiente como para convencerlo para que la dejase levantar unas cuantas tablas del suelo de la finca de quince millones de dólares que había comprado dieciocho meses antes?

¿Por qué había gastado una fortuna en esa casa si no iba a vivir en ella? Al principio pensó que querría remodelarla, pero no había pedido permisos de obra y, por lo que había visto en sus frecuentes visitas a Sunset Island, la casa estaba igual desde que ella se mudó a Florida.

Una empresa se encargaba de cuidar el jardín y la piscina. Y le había parecido ver una pista de tenis al otro lado de la verja de hierro forjado, pero la mata de buganvillas era demasiado espesa como para estar segura y en la exclusiva zona de Sunset Island uno no podía

ponerse a escalar verjas sin que le detuvieran.

La finca no estaba cerca del club, como su ático, pero incluso en hora punta y con todas las obras que se estaban haciendo en South Beach, no tardaría más de veinte minutos en llegar.

Mientras la cena se calentaba en el microondas, Lauryn puso la mesa. Su madre… su madre adoptiva, siempre insistía en poner formalmente la mesa. Era una de las muchas cosas que solían hacer juntas. Pero todo eso cambió once meses antes, cuando su padre murió y su «madre» le había enseñado las cartas.

Cartas que habían estado guardadas en una caja de seguridad durante años.

Cartas de la amante de su padre.

Cartas que habían puesto su mundo patas arriba, enviándola en un viaje de seis mil kilómetros para encontrar a la mujer que la había querido lo suficiente como para tenerla, pero no tanto como para quedarse con ella.

Adrianna Laurence.

Su madre biológica.

¿Cómo podía haber vivido su padre con ese remordimiento?, se preguntó por enésima vez. ¿Y por qué lo había soportado Susan?

Cuando sonó el timbre del microondas, Lauryn echó el contenido en un plato y sacó una coca-cola sin calorías de la nevera.

¿No había pensado su padre en la sorpresa que se llevaría ella al descubrir que no era quien creía haber sido durante veintiséis años?

¿No se le había ocurrido pensar que, al saber que era el resultado de la aventura que mantuvo con una chica de la alta sociedad de Miami, Lauryn dudaría de todo?

¿Por qué no se le había ocurrido pensar que casarse sólo para darle una madre a su hija haría que Lauryn se cuestionara la relación de sus padres? ¿O que algún día descubriría que el bebé que había en la barriguita de su madre en todas las fotografías no era ella?

¿Por qué Susan no le contó la verdad antes de que Adrianna muriese? De haberlo hecho, Lauryn habría tenido la oportunidad de conocer a su verdadera madre. Podría haber oído su voz, haber visto su cara… habría descubierto algo sobre la relación que mantuvo con su padre. ¿Qué los había atraído el uno al otro? ¿Por qué se habían separado? ¿Por qué Adrianna no había querido criar a su hija y por qué había muerto tan joven?

Incluso su nombre era parte del misterio. Laurence. Lauryn. Según su madre adoptiva, Adrianna Laurence había insistido en que la llamaran así. ¿Era porque pensaba buscarla algún día? ¿O porque no soportaba no ser parte de la vida de su hija aunque sólo fuera de nombre?

Quizá nunca descubriera la razón, pero no dejaría de intentarlo.

Si su padre le hubiera contado la verdad, no tendría que usar subterfugios para encontrar las repuestas.

Respuestas que, según las cartas, estaban en unos diarios escondidos en un compartimento secreto bajo el suelo de un vestidor en la casa que ahora pertenecía a Adam Garrison.

¿Estarían los diarios allí todavía o alguien los habría encontrado? Sabía que su abuela, la última superviviente del clan Laurence, había muerto poco antes de que Adam comprase la propiedad…

«Se te abrirían muchas puertas», le había dicho él.

La única puerta que Lauryn quería abrir era la de esa casa, la casa de su madre biológica. Pero no podía pedirle que la dejase entrar. Si lo hacía y Adam le decía que no, nunca encontraría las respuestas que buscaba.

Y por eso había empezado el engaño. Se había ido desde California a Florida planeando hacerse amiga de su nuevo jefe. Había creído que una vez que se hubiera ganado su confianza, la dejaría hacer algo tan absurdo como levantar parte del suelo del vestidor de su casa.

Pero las cosas no estaban saliendo como ella había esperado. Adam y ella sólo se veían una vez a la semana y no había nada personal en sus conversaciones. Además, siempre había otros empleados cerca.

Y ahora…

Lauryn miró su cena sin apetito alguno.

Ahora, el absurdo plan de Adam y su negativa a participar en él seguramente habían arruinado cualquier posibilidad. Tendría suerte si conservaba su puesto de trabajo.

Pero tendría que encontrar la manera de solucionarlo o podía despedirse de las repuestas.

Capítulo Dos

Salir de la oficina durante una hora atraía tanto a Lauryn como recibir el premio gordo de la lotería. Con el club abierto desde las once de la noche a las cinco de la madrugada, Adam no solía aparecer por la oficina hasta la tarde y, sin embargo, daba un salto cada vez que oía el menor ruido.

Estaba deseando ir a comer algo, relajarse y dejar de pensar en la ridícula propuesta de Adam Garrison, de modo que a la una decidió que era hora de escapar.

Con las luces apagadas el edificio que albergaba el famoso club Estate, que había empezado su andadura como un casino, parecía dormido. Por la tarde habría un enjambre de técnicos comprobando cada altavoz, cada bombilla, preparando el escenario para la actuación que tuviese lugar…

El club estaba diseñado con la idea de ser «un hogar fuera de tu hogar» y cada sala había sido decorada con modernos sofás y sillones.

Había múltiples barras y pistas de baile en los dos pisos, cada uno con una decoración diferente. Las mejores luces, las mejores actuaciones y el mejor sistema de sonido hacían que dos mil quinientos *VIPS* llenasen aquel sitio cada noche. O eso había oído. Ella no había ido nunca porque había dejado de salir por las noches y, además, no coincidía con el perfil de los invitados.

Lauryn se detuvo para acariciar la balaustrada de la escalera que llevaba al segundo piso. Aquél era su sitio favorito. Siempre le había parecido el decorado de una película de Hollywood.

Pensar en Hollywood le hizo recordar California, su hogar.

Su hogar. Y a la mujer a quien, sin querer, había hecho tanto daño cuando le reveló quién era su madre biológica.

«No se mata al mensajero, Lauryn».

Susan había sido una madre maravillosa, pero ella tenía preguntas sobre la otra mujer. Preguntas que Susan no podía contestar. Y estaba furiosa con su padre y con ella por no haberle contado la verdad. Y con su madre biológica, Adrianna, por abandonarla.

Sacudiéndose de encima tan improductivas emociones, Lauryn se dirigió a la salida de empleados para disfrutar del sol de noviembre.

Y lo primero que vio en cuanto sus ojos se acostumbraron al brillante sol de Miami fue a Adam Garrison apoyado en un BMW descapotable.

Con el estómago encogido, y esperando que no estuviera esperándola a ella, empezó a caminar. Pero tenía que pasar a su lado para llegar a la parada del autobús. Lauryn había descubierto

enseguida que conducir en South Beach era insoportable, no debido al tráfico sino a los problemas de aparcamiento. Así que utilizaba el transporte público para ir a trabajar.

—Buenas tardes, Lauryn —Adam se irguió cuando pasaba a su lado.

Con su más de metro ochenta y cinco tenía un aspecto atlético, impresionante. Llevaba unos pantalones de color marrón y una camiseta blanca que destacaba la anchura de sus hombros. La brisa movía su pelo, que siempre parecía necesitado de un buen corte. Claro que seguramente pagaría una fortuna por tener aquella imagen «cuidadosamente descuidada». Afortunadamente, las gafas de sol ocultaban sus preciosos ojos azules.

Le daba vergüenza admitir que, al principio, se había quedado encandilada con su jefe, pero su fama de mujeriego había dado al traste con esos sentimientos. Ella ya había pasado por eso y no quería repetirlo.

Adam era guapísimo, pero había cientos de hombres guapísimos en Miami. Aunque ninguno de esos hombres hacía que su pulso se acelerase.

Y ninguno de ellos le había propuesto matrimonio.

—Buenas tardes, señor… Adam. ¿Me necesitas para algo?

«Por favor, di que no».

—Para comer.

Esa no era la respuesta que ella quería escuchar.

—Pues… es que tengo otros planes.

—¿Una cita?

Lauryn estuvo a punto de mentirle, pero no podía hacerlo. Su estancia en Miami ya estaba suficientemente llena de verdades a medias.

—No, iba a comprar algo de comer.

—Yo tengo una idea mejor. Sube al coche —Adam sonrió mientras le abría la puerta.

¿La despediría si dijera que no? En fin, no era algo que quisiera descubrir, de modo que entró en el BMW y se dejó caer sobre el suave asiento de piel.

—Sólo tengo una hora para comer —le recordó.

—Estás con el jefe. ¿Quién va a decirte nada?

Adam condujo por la avenida Washington hasta Cayo Vizcaíno y detuvo el coche frente a un lujoso restaurante en el que Lauryn no había estado nunca porque, en primer lugar, no tenía dinero y, en segundo lugar, no conseguiría una mesa aunque quisiera.

Adam bajó del BMW y le tiró las llaves al aparcacoches. Otro empleado uniformado le abrió la puerta y la escoltó hasta Adam, que

la esperaba en la acera como si fuera un tesoro. O una loca en la que no se podía confiar en una calle con mucho tráfico.

—Buenas tardes, señor Garrison —lo saludó el maître—. Su mesa está lista.

Lauryn rezó para que su falda azul marino no le hiciera el trasero muy gordo. Y luego, mentalmente, se dio una patada en el susodicho.

«La opinión de Adam Garrison sobre tu trasero es irrelevante».

Consciente de que su atuendo, tan diferente a los trajes de diseño que llevaba el resto de la clientela, despertaba miradas de sorpresa, Lauryn siguió al maître hasta una mesa en la terraza.

Era evidente para qué la había llevado allí, claro. Pero ella no había cambiado de opinión. Aunque la idea monopolizaba sus pensamientos y le había costado muchas horas de sueño. Un almuerzo en un restaurante caro no iba a hacer que cambiase de opinión.

¿Qué clase de hombre querría comprar una esposa, acostarse con ella durante dos años sin estar enamorado de ella y luego descartarla como si fuera un juguete usado? Claro que Adam seguramente no había estado enamorado de ninguna de las mujeres con las que compartía cama.

Después de una mala experiencia, Lauryn podía ver las ventajas de un matrimonio sin amor, pero quisiera o no, era una romántica. Ella quería encontrar a su alma gemela. Claro que había creído que sus padres eran almas gemelas hasta que sus mentiras la hicieran cuestionarse cada gesto tierno que había presenciado durante aquellos años. ¿Habrían sido reales? ¿Se habrían enamorado después de la muerte prematura del niño de Susan? ¿O también eso era una mentira?

Después de que un camarero tomase nota de lo que querían, Adam se concentró en ella, mirándola como si estuviera catalogando sus facciones.

—Viniste aquí desde California, ¿no?

—Sí.

—¿De qué parte de California?

—Del norte.

—¿Y por qué Florida?

A Lauryn le habían dado la espalda suficientes veces como para saber que no podía contarle toda la verdad. Adam pertenecía a la misma clase alta de Florida que le había dado con la puerta en las narices diez meses antes. Nadie quería confirmarle que Adrianna hubiera tenido una hija ilegitima y nadie quería contarle cómo había muerto. De hecho, las conversaciones terminaban prácticamente en cuanto mencionaba a Adrianna Laurence.

Cuando murió sólo tenía treinta y seis años, diez años más de los

que Lauryn tenía ahora. Y si había una bomba de relojería en sus genes le gustaría saberlo.

—Mi padre estuvo destinado en la base área de Tyndall. Crecí oyendo historias sobre los pantanos, los cayos y las playas de Florida. Cuando murió decidí venir a verlos.

—Y te quedaste.

—Había muchas oportunidades profesionales —dijo Lauryn, esperando que dejase el tema.

Él era la única oportunidad profesional que le interesaba y había sido un golpe de suerte que su antigua contable hubiera decidió quedarse en casa con su recién nacido justo cuando ella necesitaba un trabajo.

—Pues entonces he tenido suerte.

La sonrisa de Adam hacía que se le doblasen las rodillas. Era lógico que tuviese un montón de mujeres a su alrededor. Era para marear a cualquiera.

Lauryn miró hacia las islas Sunset, frente a ella. Eran unas islas diminutas con las propiedades más caras de la zona.

—¿No tienes una casa en una de esas islas? —le preguntó.

—Sí, la compré en una subasta, como compré el edifico de Estate y un par de fincas más. Buenos precios, mejores inversiones.

—Pero no vives allí.

—Uso la casa de Sunset para albergar a ciertos *VIPS* que actúan en el club o que pasan por Miami para ir al club. Los que prefieren una casa a un hotel.

Ah, eso explicaba que hubiese un equipo de jardineros.

—No lo sabía.

Adam tomó su mano y Lauryn intentó apartarse, pero él no la dejó.

—Te pido disculpas por proponerte matrimonio ayer de una forma tan abrupta. Imagino que debiste de quedarte muy sorprendida.

—Pues sí, más bien —contestó ella.

—No me conoces lo suficiente como para saber que siempre pongo el cien por cien en todo lo que hago. Sería un buen marido para ti —Adam estaba acariciando su mano y su pulso empezó a saltar como palomitas de maíz en una sartén—. Podríamos conocernos antes. Salir juntos alguna vez…

—Yo no creo que sea buena idea. Y mi respuesta seguiría siendo la misma.

—No puedes negar que hay cierta química entre nosotros.

Su voz, tan cálida, tan masculina, la hizo pensar inmediatamente en noches oscuras, sábanas arrugadas, en esas manos sobre su piel desnuda…

¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que disfrutó de una estupenda noche de sexo? O de una noche de sexo sin más, buena o mala.

¿De verdad sentiría también él la atracción o lo decía sólo para cerrar el trato? Ella había sido víctima de muchos seductores que la habían hecho sentir la persona más importante del mundo hasta que consiguieron lo que querían. Aunque la verdad era que también ella utilizaba a los hombres para enfadar a su padre.

¿Adam Garrison atraído por ella? Imposible. Había visto a las mujeres con las que salía: modelos, actrices, chicas guapísimas de la alta sociedad. Ella no podía competir con eso. Especialmente ahora que había cambiado por completo de estilo.

—Eres mi jefe. Y las relaciones personales en el trabajo suelen acabar mal… para el empleado.

—No tiene por qué ser así. Además, no trabajarías para mí después de la boda.

Adam había dicho esta última frase despacio y en voz alta. Y antes de que Lauryn pudiese entender por qué, una mujer se detuvo a su lado.

—¿Adam?

Podía tener desde cincuenta a setenta años, pero era imposible saberlo con seguridad porque tenía la cara completamente estirada.

Él levantó la mirada y pareció vacilar un momento antes de levantarse.

—Buenas tardes, señora Ainsley. Le presento a Lauryn Lowes. Lauryn, te presento a Helene Ainsley. Helene está en el patronato de todas las fundaciones benéficas de Miami.

Helene Ainsley. La misma mujer que se había negado a salir a la puerta de su casa cuando Lauryn le dijo a la criada que quería hablar con ella. Su finca estaba muy cerca de la de los Laurence y, aunque la señora Ainsley era mayor, ella o sus hijos debían de haber conocido a Adrianna.

—Encantada de conocerla.

Habría estado, mucho más encantada diez meses antes, claro.

La mujer miró de uno a otro con sus ojos retocados.

—¿Hay alguna noticia que dar? —preguntó, con una sonrisa en los labios.

Lauryn contuvo el aliento.

Adam la miró y luego sonrió tiernamente antes de contestar:

—No, ninguna noticia.

Pero bueno… aquel hombre debería ser actor. Su tono, su expresión y su lenguaje corporal decían todo lo contrario más elocuentemente que las palabras.

—Podría jurar que te había oído decir la palabra «boda».

—Podría ser —sonrió Adam—. Ha habido unas cuantas bodas en la familia Garrison últimamente. Y, por supuesto, mi hermana Brittany está prometida.

Pero la señora Ainsley no lo creyó, naturalmente. Lauryn podía ver la curiosidad en la estiradísima cara de la mujer. Qué astuto por parte de Adam plantar la semilla de la duda, por si acaso la convencía para que dijera que sí. Aunque no pensaba hacerlo.

—¿Nos conocemos, querida? Tu cara me resulta familiar.

El corazón de Lauryn dio un vuelco. ¿Se parecería a su madre? Sólo había visto unas fotografías borrosas en blanco y negro de Adrianna en periódicos antiguos, pero sabía que había heredado el color de piel y de pelo de su padre. Su madre era morena.

—No, creo que no.

—¿Estás segura? Yo nunca olvido una cara.

A Lauryn le habría gustado decirle la verdad, pero eso podría tener consecuencias graves.

—Estoy segura. No conozco a mucha gente porque hace poco tiempo que vivo aquí.

—Ah, entonces deberíamos remediar eso. El sábado por la tarde organizo una cena en casa. Quizá Adam y tú podrías venir… para jugar un partido de dobles de tenis.

«Se te abrirían muchas puertas», le había dicho él. Pero Lauryn no había pensado que esas puertas abiertas serían la oportunidad de unirse al círculo social de su madre.

Si se casaba con Adam Garrison sería parte de la elite de Miami y estaría más cerca de encontrar respuestas de lo que se encontraba ahora. La idea la tentaba más de lo que debería…

—¿Lauryn?

—Pues… yo… lo siento, no juego al tenis.

Durante su adolescencia rebelde había estado demasiado ocupada enfadando a su padre como para aprender. Una razón más para lamentar su juventud desaprovechada.

Helene se volvió hacia Adam.

—Entonces podríais pasaros el lunes a tomar un cóctel. El club está cerrado los lunes, ¿no?

—Sí, eso estaría bien.

Adam había aceptado sin consultarla, pero le dio igual. Adam iba a llevarla a una casa que seguramente su madre habría visitado más de una vez. Le presentaría a gente a la que seguramente su madre habría conocido. Y mientras estaban en la isla podría convencerlo para que le enseñara su casa.

—Estupendo. Nos vemos a las ocho entonces —la señora Ainsley

sonrió antes de alejarse como una reina y Adam volvió a sentarse.

—Eres un tramposo —lo regañó Lauryn.

Él sonrió, una sonrisa que lo hacía parecer un chico malo invitándola a jugar con él. La rebelde que había en Lauryn despertó un momento, pero se contuvo. Ella había dejado de interesarse en chicos malos.

—Sé lo que quiero y no me da vergüenza luchar por ello. Helene es una de las mayores cotillas de Miami. Cuando anunciemos el compromiso ya no será noticia.

—¿Debo recordarte que te he rechazado?

—Cambiarás de opinión —dijo él, levantando su copa de vino—. O yo te convenceré para que lo hagas. Nos llevaremos bien, Lauryn. En la cama y fuera de ella.

Lauryn tuvo que disimular un escalofrío de deseo. Y ése era el problema. Podía conseguir las respuestas que quería, pero sólo si rompía la promesa que le había hecho a su padre, y a sí misma, antes de que la tinta de su anulación se hubiera secado: la próxima vez sólo se casaría si estaba locamente enamorada.

Y el matrimonio de conveniencia que le proponía Adam no se parecía nada a eso.

Casi la había convencido.

Adam no sabía por qué la idea de tomar una copa en casa de los estirados Ainsley había excitado tanto a Lauryn, pero había visto un brillo de interés en sus ojos.

Suspirando, retiró los restos de crema de afeitar de la cara con una toalla y volvió desnudo al dormitorio para vestirse antes de ir al club.

El club, el trabajo. Vivía para ello. ¿Por qué no podía su familia, específicamente sus hermanos, ver eso? Pero ellos creían que su vida era una gran fiesta detrás de otra y lo trataban como si fuera un adolescente.

Estaba en medio de la habitación cuando la imagen de Lauryn desnuda en su cama lo detuvo. Pero no podía ser. No podía sentirse atraído por ella, ¿no? Antes de que Brandon sugiriese aquel matrimonio, jamás se había sentido interesado por su contable. Ni por ninguna otra empleada.

Lauryn no había hecho nada para llamar su atención. Era fría y reservada y no coqueteaba nunca. Aunque habían estado una hora juntos, no sabía más sobre ella que antes de comer salvo que las sonrisas que derretían a otras mujeres a Lauryn no la afectaban en absoluto.

Pero debía admitir que algo le pasaba cuando la tocaba. ¿Habría despertado su interés sólo porque le había dicho que no?

Sacudiendo la cabeza para apartar la imagen de su pálido cuerpo desnudo sobre las sábanas, se dirigió al vestidor. El repentino interés que sentía por ella podía ser atribuido a que estaba acercándose a su objetivo. El matrimonio sería un trato, no un placer. Aunque empezaba a sospechar que Lauryn tenía un buen cuerpo bajo esos trajes de chaqueta…

Muy bien, quería verla desnuda, pero sólo por curiosidad.

Y si ella quería asomar la cabeza en la alta sociedad de Miami, él la acompañaría, aunque solía evitar esos eventos sociales como la peste. Una copa en casa de los Ainsley podía significar diez invitados o doscientos. Adam esperaba que su madre no estuviera allí bebiendo hasta caer borracha. Lauryn tendría que soportar una dosis de Bonita Garrison tarde o temprano, pero prefería que fuese lo más tarde posible.

Después de la boda Lauryn tendría que acudir a las cenas de los domingos, pero hasta entonces prefería ahorrarle los sarcasmos de su madre porque no tenía tiempo de buscar otra candidata.

Pero ese pensamiento lo hizo sentir culpable. Descubrir que, después de treinta y ocho años de matrimonio, su marido tenía una hija ilegítima no podía haber sido plato de gusto para su madre. Claro que eso no explicaba que quisiera destruir su vida bebiendo a todas horas. El alcohol había sido un problema desde que Adam era capaz de recordar y con él llegaban las mentiras y las excusas por las cosas que había hecho u olvidado hacer. Pero la situación había empeorado desde la lectura del testamento y el reconocimiento de Cassie, la hija ilegítima que su padre tuvo con una mujer a la que conoció en Bahamas.

Pensó entonces que debería contratar un chófer para su madre. No podía permitir que condujera después de haber bebido y bebía prácticamente a todas horas. Y tenía que hablar con sus hermanos sobre la posibilidad de ingresarla en una clínica de desintoxicación antes de que fuera demasiado tarde.

La existencia de su hermanastra, Cassie, había sido un descubrimiento reciente, pero él ya sabía que su padre tenía una aventura.

¿Debería habérselo contado a su madre o lo sabría ella antes que nadie? ¿Era por eso por lo que bebía tanto?

Cinco años antes, durante un viaje a Bahamas, Adam se había encontrado con su padre y la madre de Cassie en una situación que no dejaba lugar a dudas. Había intentado obligar a su padre a terminar con la aventura, pero fracasó. Y el enfrentamiento no había sido

agradable. Más tarde ese mismo año, su padre le había dejado la dirección de Garrison Inc. a su hermano Parker y la de los hoteles Garrison a Stephen. Adam no había recibido nada. Cero.

Y ahora era demasiado tarde para hacer las paces con él.

Después de vestirse, tomó el móvil y las llaves del coche y bajó las escaleras de dos en dos. No podía volver atrás. Sólo podía seguir adelante.

Para que su plan funcionase necesitaba que fuera un secreto. Sólo Brandon sabía toda la verdad. Y, aunque su amigo estaba locamente enamorado de su hermanastra, Adam sabía que podía contar con su discreción. No sólo por el asunto de la confidencialidad entre abogado y cliente, sino porque Brandon era ese tipo de persona: honesto y leal.

Mientras tanto, alejaría a Lauryn de su familia hasta que estuvieran casados… y la convencería para que no dijera nada sobre el acuerdo. Si Lauryn le revelaba su estrategia a sus hermanos no tendría la menor oportunidad de ocupar una mejor posición en Garrison Inc.

Pero antes tendría que soportar el cóctel del lunes por la noche en casa de los Ainsley. No era lo que más le apetecía, pero tampoco sería una pérdida de tiempo. Con Lauryn del brazo, se mezclaría con los más poderosos de la comunidad, gente que podía ayudarlo a conseguir una nominación para la presidencia de la Cámara de Comercio.

Lograría congraciarse con Lauryn, beneficiándose a sí mismo.

Y lo haría haciendo lo que mejor sabía hacer: se mostraría encantador y conseguiría la esposa que necesitaba.

Capítulo Tres

Otro callejón sin salida.

Lauryn intentó no arrastrar los pies mientras seguía a Adam hasta el coche. Había tenido esperanzas de seguir los pasos de su madre esa noche, pero Adrianna Laurence nunca había estado en la casa de los Ainsley. Al menos, en aquella casa.

Estaba tan decepcionada que casi no se dio cuenta de que Adam había tomado su mano. Caliente, firme, eléctrica.

Había sido muy atento durante toda la noche, apretando su mano, tomándola por la cintura como si fuera algo normal… Lauryn no había tardado mucho en darse cuenta de que todo estaba ensayado para convencer a los invitados de que eran una pareja. Y, sin embargo, no había contado una sola mentira ni hecho un gesto inapropiado.

Aunque le disgustaba la situación, tenía que enfrentarse con los hechos. Ser un peón en el juego de Adam tenía sus beneficios. Ella era la única desconocida en la fiesta pero, al ser la acompañante de Adam Garrison, había sido recibida en el círculo de su madre por la misma gente que se había negado a hablar con ella unos meses antes. Gente que, casi con toda seguridad, había conocido a Adrianna Laurence.

Había hecho más progresos esa noche que en varias semanas llamando a puertas y buscando en todos los periódicos de la época. Aún no tenía las respuestas que quería porque era demasiado pronto para preguntar sin arriesgarse a un rechazo, pero mientras estuviera con Adam podía empezar a hacer contactos.

Mientras Adam abría la puerta del coche, Lauryn se dio la vuelta para estudiar la ostentosa mansión.

—¿Me estás diciendo que los Ainsley tiraron una casa preciosa y construyeron una nueva sobre el mismo solar?

—Eso es. Hace cinco años.

—¿Por qué?

Lauryn se volvió hacia Adam y se dio cuenta de que él estaba mucho más cerca que antes. Un solo paso, y estarían uno en brazos del otro. Con la práctica que tenía seguro que besaba de maravilla…

«No, nada de besos, aléjate».

Pero no podía hacerlo. Atrapada entre el coche y su cuerpo, no podía escapar. Lauryn se obligó a sí misma a apartar la mirada de sus labios y respiró profundamente para llevar aire a sus pulmones.

—En el sur de Florida ya no queda prácticamente ningún terreno por vender y, sin embargo, hay mucho dinero. Así que es normal que la gente tire su casa para construir otra más grande o más moderna. A veces es necesaria una reforma total debido a los huracanes, pero en este caso Helene sólo quería una reforma que aumentase el valor de la

propiedad.

Lauryn lo miró, alarmada.

—Tú no habrás hecho lo mismo con la casa de Sunset, ¿verdad?

—No, es la estructura original. ¿Por qué?

«Tranquilízate, Lauryn».

—No, por nada. Me encanta la historia de estas viejas mansiones. Estamos cerca de tu casa, ¿no? Podrías enseñármela.

Adam se quedó pensando durante tanto rato que Lauryn creyó que iba a negarse.

—Sí, claro. Esta semana no hay nadie alojado allí.

Cuando subió al coche estaba tan emocionada que apenas podía permanecer quieta.

Después de atravesar una avenida flanqueada por palmeras, Adam detuvo el coche frente a una verja de hierro forjado y sacó un mando de la guantera.

Lauryn tenía un nudo en la garganta mientras el coche subía por el camino de piedra que terminaba en una entrada circular con una bonita fuente en el centro. La casa era de estilo mediterráneo, con un garaje de cuatro coches a la izquierda, ventanas de arco, columnas, un porche que daba la vuelta a toda la casa…

La casa de su madre biológica. Su corazón latía con tal violencia que tuvo que disimular mientras bajaba del coche. Le habría gustado verla a la luz del día, pero…

—Es preciosa —murmuró.

—Como te dije, ha sido una buena inversión. Cuando me apetezca venderla valdrá más del doble.

—¿Vas a venderla? —exclamó ella, asustada.

—Cuando me ofrezcan el precio que quiero —contestó Adam.

Lauryn se secó las manos sudorosas en la falda del sencillo vestido negro mientras subía los escalones del porche. ¿Cuántas veces habría hecho lo mismo su madre?, se preguntó.

Una vez en el interior, Adam pulsó un código de seguridad convenientemente escondido detrás de un espejo y le hizo un gesto para que lo siguiera. Pero Lauryn no podía moverse. Una extraña parálisis se había apoderado de ella. Estaba tan cerca de descubrir la verdad… tan cerca del diario, de las respuestas…

Si estaban allí.

Pero, ¿y si no le gustaba lo que había escrito en esos diarios? ¿Y si su madre no había sido una buena persona? ¿Y si había muerto de una terrible enfermedad genética? ¿Y si ella había heredado alguna falta, algún defecto de carácter que la hiciera indeseable?

Pero su padre y Susan la habían querido, ¿no? Quizá. Sus padres habían mentido sobre tantas cosas que Lauryn ya no sabía qué era

verdad y qué no.

—¿Lauryn?

—¿Eh? Ah, perdona. Es que esta casa es tan lujosa… No se parece nada al edificio militar en el que crecí.

—Eso no parecía molestarte en casa de los Ainsley.

—Imagino que estaba demasiado nerviosa saludando a tanta gente. Es que… no salgo mucho últimamente.

Estaban en una entrada de forma circular y techos altísimos que terminaba en una escalera de mármol. ¿Habría subido su madre esa escalera intentando no hacer ruido por la noche? ¿La vena salvaje que la había metido a ella en tantos líos cuando era adolescente habría sido una herencia de Adrianna Laurence? Desde luego, no la había heredado de su padre, un militar estricto, ni aprendido de su madre adoptiva, una santa que jamás levantaba la voz por muy insoportable que se pusiera.

—¿Quieres que te haga el tour de diez dólares? —sonrió Adam —. Si no tienes dinero en efectivo, acepto todo tipo de pago.

Ella se aclaró la garganta.

—Muy gracioso. Pero sí, me gustaría ver la casa.

Pero lo mejor sería entrar allí sin Adam. Tal vez pudiera convencerlo para que le diese una llave…

—¿Cuántos dormitorios tiene?

—Seis dormitorios y siete baños y medio, más la zona de los empleados sobre el garaje.

¡Seis dormitorios! Tardaría horas en explorarlos todos y buscar tablas sueltas en el suelo de los vestidores… eso si los vestidores no estaban llenos de muebles o algo así.

—Es una casa estupenda para formar una familia.

Su madre había crecido allí, hija única según lo que había descubierto. Y había vuelto a casa después de un solo semestre en Vassar, la famosa y exclusiva universidad para señoritas. ¿Se habría llevado Adriainia los diarios? ¿Los habría vuelto a guardar en el vestidor?

—Ven, sígueme.

—¿Has hecho algún cambio desde que la compraste?

—Además de las cañerías y la instalación eléctrica, no. Los antiguos propietarios sabían cómo conservar bien una propiedad. Incluso compré algunos de los muebles en la subasta.

Lauryn tropezó mientras observaba una librería de roble. El lujo de aquella mansión era increíble, pero Adam la llevaba de habitación en habitación a toda prisa. Le habría gustado pedirle que fuera más despacio para fijarse en todos los detalles, para preguntar qué muebles habían sido de los Laurence…

¿Se habría sentado su madre en aquel sofá de seda o frente a aquel escritorio? Pero Adam no paró hasta que llegaron a un porche cerrado en el que cabrían tres apartamentos como el suyo. A la izquierda podía ver una pista de tenis y, frente a ella, una lujosa motora atracada en un muelle.

—Bueno, ya está. ¿Nos vamos?

—¿No vas a enseñarme el piso de arriba?

Adam levantó una mano para acariciar su cara y la sorpresa la dejó inmóvil. Y, a juzgar por la rápida respiración de Adam, él también sentía algo. De repente, el aire se volvió húmedo y pesado.

—Si quieres llevarme a la cama, antes vas a tener que aceptar mi propuesta de matrimonio.

Lauryn se mordió los labios. No podía enamorarse de Adam Garrison. Había dejado atrás a los chicos malos y las relaciones vacías hacía mucho tiempo. Y aunque él llevaba ropa de diseño en lugar de vaqueros gastados, seguía siendo un seductor.

Y ya había pasado por eso.

Tentador, pero tabú para ella.

Pero necesitaba tener acceso a aquella casa. Había perdido a su padre y su propia identidad once meses antes y, posiblemente, había dañado su relación con su madre para siempre. Si quería una oportunidad de rehacer su vida tenía que averiguar quién era. Quién era de verdad, no la historia que le habían contado desde que nació.

Y sólo había una manera de hacer eso.

Lauryn se dio la vuelta para acercarse al ventanal desde el que podía ver las luces de las casas al otro lado de la isla.

—Muy bien —dijo por fin.

—¿Qué?

Ella se giró para mirarlo a los ojos.

—Me casaré contigo. Pero sólo si vivimos aquí.

—Pero tengo un ático que está a cien metros del club…

—¿Se te ha ocurrido pensar que vivir en una casa en lugar de en un ático daría una apariencia de madurez?

Adam asintió con la cabeza.

—Sí, tienes razón.

—Y no pienso dejar mi trabajo.

—Lauryn, no tendrás que trabajar…

—Pero es que me gusta hacerlo. Y no me acostaré contigo.

—Tendrás tu propio dormitorio.

—No, Adam, quiero decir que nada de sexo. Sé que tú puedes mantener relaciones con una persona a la que no amas, pero yo no.

Ya no. Recordaba demasiado bien lo angustiada que se había

sentido después. Había querido herir a su padre con ese comportamiento, pero sólo había conseguido hacerse daño a sí misma.

—Me haré todo tipo de pruebas, si eso es lo que te preocupa…

—No, no es por eso. Si hay que creer los rumores sobre las legiones de mujeres con las que te has acostado estaría muy bien, pero…

—¿Legiones?

—No eres conocido por ser discreto sobre tus conquistas, Adam.

—No ha habido legiones.

—¿Cuántas?

—Eso no es asunto tuyo.

—Lo es cuando intentas convencerme para que me acueste contigo.

Adam vaciló un momento antes de encogerse de hombros.

—No lo sé.

—¿No las has contado o es que son demasiadas?

—¿Con cuántos hombres te has acostado tú?

Lauryn recordó su vergonzoso pasado. Había desperdiciado parte de su juventud buscando maneras de retar a su padre y no estaba orgullosa de ello. Entonces era una rebelde, pero estaba reformada. Prácticamente se había convertido en una monja.

—Si tú no tienes que contestar, yo tampoco.

—¿Y qué voy a hacer para… aliviarme?

A Lauryn se le ocurrían diez maneras de ayudarlo a hacer eso, pero se mordió la lengua.

—Eso depende de que seas diestro o zurdo.

—¿Y tú?

—Yo sé cuidar de mí misma.

Adam empezó a pasear por la habitación.

—Muy bien, de acuerdo. ¿Tienes el pasaporte en regla?

—Pues sí. ¿Por qué?

—Le diré a Brandon que se encargue de todo. Cassie y él pueden organizar una boda rápida en Bahamas. ¿Eso te parece bien o necesitas un circo?

Cassie… Lauryn tardó un momento en recordar quién era. Cassie Sinclair era la hija ilegítima de John Garrison… o eso decían las revistas. Y, aunque no la conocía, se sentía en cierto modo unida a ella. Ahora era la propietaria del hotel Garrison Grand-Bahamas y recientemente se había comprometido con Brandon Washington, el abogado de Adam… si había que creer los rumores de los empleados del club.

—No quiero una boda escandalosa. Pero, ¿por qué en Bahamas?

—Si nos casáramos en Miami mi familia tendría que acudir a la ceremonia y los medios de comunicación no nos dejarían en paz.

Evitar a los medios y a la familia Garrison seguramente sería buena idea, pensó ella.

—Una boda tranquila en Bahamas me parece bien. Además, nunca he estado allí.

—Nos quedaremos unos cuantos días… de luna de miel.

¿Luna de miel?

—No voy a cambiar de opinión sobre el asunto del sexo, Adam.

—Pero es importante que actuemos como si fuéramos una pareja de verdad. Una pareja enamorada que se ha escapado a Bahamas para casarse. Si este matrimonio no parece real, no servirá de nada, así que tendremos una luna de miel.

—¿Ser presidente de la Cámara de Comercio es tan importante para ti?

—Lo que es importante es lo que significa la nominación.

—¿Por qué?

—Es algo personal —Adam miró su reloj—. Si nos vamos ahora podremos pasar por el club para recoger los papeles.

«Algo personal».

Los secretos no eran la mejor manera de empezar un matrimonio… temporal o no. Pero Lauryn no dijo nada porque también ella tenía secretos.

Había cosas que no se podían compartir por vergüenza.

—No tenías que traerme a casa —dijo Lauryn mientras Adam aparcaba el BMW frente a su apartamento.

—No voy a dejar que tomes el autobús a estas horas.

—Siempre voy en autobús.

—Ya no. Mi prometida no puede viajar en transporte público.

Prometida. Lauryn tragó saliva. Su último matrimonio había sido un terrible error. ¿Aquél sería mejor o peor, ya que el amor no entraba en la ecuación?

—Tu prometida no puede permitirse pagar un dólar la hora en un aparcamiento.

—Con el dinero que estás a punto de recibir, sí —contestó él.

Lauryn se mordió los labios. Tenía que marcharse. Tenía que pensarlo bien y descubrir si había alguna otra manera de conseguir su objetivo.

«Admítelo», pensó. «No hay otra manera. Esta es tu única oportunidad de descubrir la verdad».

Apretando el bolso y la carpeta con los documentos del acuerdo, bajó del coche.

—No tienes que acompañarme a la puerta. La zona está bien iluminada y es muy segura.

Pero Adam salió del coche y la tomó del brazo. Y, aunque la había tocado una docena de veces esa noche, Lauryn tuvo que contener el aliento.

—¿Dónde están los ascensores?

—No hay ascensor. Yo vivo en el tercer piso.

Y no lo quería en su diminuto apartamento. Después de ver el lujo al que estaba acostumbrado, su piso le parecía vulgar e inadecuado. El edificio Art Decó había sido renovado recientemente para inquilinos de clase trabajadora y era poco más que un pasillo con un par de habitaciones.

Nada más entrar echó un rápido vistazo para ver si había dejado algo inconveniente a la vista… como el archivo que había reunido sobre su madre. O el otro, sobre Adam, con su nombre escrito en letras grandes.

—Bueno, gracias por llevarme al cóctel de los Ainsley y por enseñarme tu casa.

Pero Adam dio un paso adelante, obligándola a apartarse. Mientras miraba alrededor, la diminuta cocina a la izquierda, el cuarto de estar frente a él, la puerta que llevaba al dormitorio y al minúsculo cuarto de baño, se quitó la chaqueta y la colgó en el respaldo de una silla.

—¿Qué haces?

—Ponerme cómodo.

—No tienes que quedarte. Voy a echarle un vistazo a estos papeles y hablaremos mañana —Lauryn se quedó en la puerta, esperando que entendiese la poco sutil indirecta.

Pero en lugar de eso Adam desabrochó los puños de su camisa, revelando unos antebrazos cubiertos de filio vello oscuro.

—Prefiero repasar los documentos contigo.

—No hace falta. Si tengo alguna duda, te lo diré mañana.

—¿Estás intentando librarte de mí, Lauryn? —sonrió él, cerrando la puerta.

Su pulso se aceleró.

—Es que tengo que levantarme temprano.

—Sólo son las once y a tu jefe no le importará que llegues un poquito tarde.

—No puedo llegar tarde. Tengo que pagar al repartidor de cerveza…

—El camión de la cerveza no llega hasta las diez. Venga,

tenemos que revisar un par de detalles —la interrumpió él.

—¿Qué detalles?

—Por ejemplo, la forma de pago. Brandon lo ha puesto por escrito en el contrato, pero prefiero contrastarlo ahora contigo. Recibirás cuarenta y un mil dólares al mes. El primer pago será transferido a tu cuenta corriente después de la boda.

—¿Por qué mensualmente?

—Para que no te escapes antes de los dos años.

—Una vez que doy mi palabra nunca me echo atrás, pero bueno… da igual. Mensualmente me parece bien.

Ella no había aceptado casarse con él por el dinero.

—Abriré una cuenta de gastos a tu nombre. Pero como este matrimonio será temporal tendremos cuentas separadas y, si te gastas el dinero antes de fin de mes, será tu problema. No te daré ni un céntimo más. Y voy a contratar a una ayudante para el departamento de contabilidad…

—Un momento —lo interrumpió Lauryn—. Tú dijiste que iba a conservar mi puesto de trabajo y ya te he dicho que no necesito un ayudante.

—Puedes seguir trabajando, pero únicamente a tiempo parcial. Si somos una pareja inseparable tendrás que acudir al club a menudo. Y eso significa que te acostarás tarde. Tu ayudante se encargará de todo por las mañanas.

Sí, era lo más lógico, claro.

—Muy bien. ¿Qué más?

—Serán necesarios ciertos… gestos de afecto en público para que la gente crea que estamos casados de verdad. Tendremos que tocarnos, como esta noche.

Sí, también podría soportar eso.

—De acuerdo.

—Tendremos que besarnos.

Lauryn tragó saliva.

—No creo que…

—Los recién casados se besan mucho. Y hacer que la gente crea que estamos enamorados es parte de la representación.

Lauryn sintió que sus labios ardían bajo la ardiente mirada masculina. ¿La besaría esa noche para sellar el acuerdo? ¿Para comprobar sus habilidades como actriz? Su corazón latía con tal fuerza que casi la mareaba.

—¿Podrás hacerlo?

—Pues… sí, creo que podré soportarlo.

Adam se volvió abruptamente y Lauryn dejó escapar un suspiro

silencioso.

—Tendrás que comprarte ropa nueva, cambiar de peinado, hacerte la manicura…

—¿Quieres que me haga un cambio de imagen?

No sabía si sentirse insultada o ponerse a dar saltos de alegría. Llevaba tanto tiempo escondiendo su verdadera imagen que casi se había convertido en una segunda naturaleza. Aparentemente, se le daba bien parecer vulgar.

Adam se sentó en el sofá. Un hombre tan masculino en un sofá de flores era… inapropiado, pensó.

—Para que sea creíble que eres mi mujer te hará falta mucho… en fin, estilo.

—¿Para competir con las modelos con las que sueles salir?

—No habrá competencia. Ya te he dicho que pienso serte fiel a pesar de esa ridícula insistencia tuya en que no haya sexo.

—No es ridícula.

Adam, con las manos en la nuca, deslizó lentamente la mirada por su cara, sus pechos, su cintura, sus piernas y luego hacia arriba de nuevo. Y a Lauryn ese examen le puso la piel de gallina.

—Ya veremos quién aguanta más. Pero sé que, al final, vendrás a mí.

A Lauryn le dieron ganas de borrarle la sonrisa de un guantazo.

—No lo haré.

—Ya veremos. Contrataré a un asesor de imagen para que te ayude a elegir ropa apropiada y para que pida cita en el salón de belleza.

—Yo elegiré la ropa e iré al salón de belleza que me parezca.

—Lauryn…

—Y no pienso vestirme como una fresca.

—Yo no salgo con frescas.

—¿Tu última novia no salió en las revistas hace poco levantándose la falda?

—No era mi novia.

—Los periodistas dicen otra cosa —murmuró ella, intentando controlar una inminente jaqueca dándose un masaje en la nuca—. Puedo vestirme yo sólita y hacer todo lo demás yo solita, muchas gracias.

Adam se echó hacia delante.

—¿Ah, sí? Pues yo no diría eso. Intenta vestir como una chica de tu edad, por favor. Recuerda que la gente debe creer que me siento atraído por ti.

Lauryn tuvo que hacer un esfuerzo para no replicar como se

merecía.

—Tendrás que confiar en mí.

—No podemos cometer errores.

—No cometeré ningún error —afirmó ella.

Los dos se quedaron en silencio un momento.

—¿Te duele la cabeza?

—Sí, un poco. Pero se me pasará con una buena noche de sueño. Por favor, Adam, vete a casa. Leeré los documentos y hablaremos mañana.

Adam la miró como si estuviera a punto de decir que no, pero después se levantó del sofá.

—Iré a buscarte al club a las cinco y pasaremos por la oficina de Brandon para firmar el acuerdo.

Y a partir de entonces estaría atada a Adam Garrison por un matrimonio falso durante dos años.

Pero, ¿qué eran dos años cuando toda su vida había sido una mentira?

Capítulo Cuatro

—¿Nos vamos?

El martes por la tarde, al oír la voz de Adam, Lauryn estuvo a punto de saltar de la silla. Cuando se dio la vuelta, lo encontró en la puerta de la oficina.

Traje oscuro, camisa blanca, una corbata de estampado clásico… Masculino. Magnífico. Siempre había vestido bien, pero raramente lo veía con traje de chaqueta y corbata.

—Llegas muy temprano. Espera, deja que imprima este documento… he redactado un apéndice.

—¿Un apéndice de qué?

—De nuestro acuerdo.

Adam miró la pantalla del ordenador y luego a ella antes de cerrar la puerta de la oficina.

—Nuestra vida sexual no va a aparecer en un documento legal.

—Quiero que los términos de este matrimonio queden bien claros.

—No pienso poner por escrito nada que los periódicos puedan usar contra mí. El acuerdo de confidencialidad ya es suficientemente arriesgado. Borra ese archivo, Lauryn —le ordenó.

Y el tono hizo que ella respondiera como solía hacerlo. No le gustaba que le diesen órdenes. Su padre solía hablarle como si fuera un recluta y ella… en fin, se rebelaba.

Pero eso era antes.

—Adam…

—Hazlo, Lauryn.

Sujetándose a los brazos de la silla, ella contó hasta diez.

—Tú estás protegiendo tus intereses. ¿Por qué no voy a proteger yo los míos?

—Te doy mi palabra de que acepto tus términos… hasta que cambies de opinión.

La última frase, pronunciada con una sonrisa llena de confianza, casi la hizo sonreír. Estaba convencido de que cambiaría de opinión sobre el sexo. No tenía ni idea de que ella controlaba sus hormonas con mano de hierro desde que anuló su matrimonio ni de lo bien que se le daba ignorar al sexo opuesto. Pero ya lo descubriría.

De modo que borró el archivo y metió el documento en la trituradora de papel.

—Ya está.

—Vamos.

—Espera. Tienes que aprobar el anuncio para buscar un

ayudante…

—No hace falta poner un anuncio. Tu predecesora está deseando volver a trabajar. Por lo visto, está cansada de cambiar pañales todo el día.

En silencio, Lauryn tomó el bolso y la carpeta con los documentos y salió con él del club.

—¿Tu abogado ha aprobado el acuerdo?

—No conozco a ninguno en Miami y no he tenido tiempo de buscarlo.

Adam la tomó del brazo y ella tuvo que tragar saliva.

—No voy a engañarte, Lauryn. El acuerdo es justo para los dos.

—Lo sé, lo he leído —dijo ella.

Lo había leído cinco veces. Páginas y páginas de términos legales con los que le prometía veinticuatro meses de su vida a un extraño. Un año para que Adam fuese elegido Presidente de la Cámara de Comercio de Miami y un año para que siguiera en el cargo mientras demostraba su valía.

¿Sería capaz de permanecer tan distante cuando compartiese su casa y su vida con aquel hombre? ¿Sería capaz de decirle adiós después, como si no hubiera pasado nada? Lo que sentía cada vez que la tocaba dejaba bien claro que el tiempo no pasaría sin dejar su marca.

Pero podría controlarse. ¿O no?

Tenía que hacerlo.

Al darse la vuelta no vio el BMW descapotable en la puerta como todos los días. En su lugar había un Lexus azul. Adam metió la mano en el bolsillo y sacó unas llaves.

—Creo que te gusta el color azul. Espero que también te guste el coche.

—¿Qué? Lo dirás de broma.

—No, conduces tú —dijo él.

Como Lauryn no aceptaba las llaves, Adam las puso en su mano.

No sabía qué la sorprendía más, el caro vehículo o el escalofrío que sintió al tocarlo. Tendría que esforzarse para controlar esa reacción.

—Yo tengo un coche decente.

—Ahora tienes uno mejor. Vende el otro, me da igual.

—Pero…

—Las apariencias, Lauryn. Estamos hablando de apariencias —suspiró él—. Venga, vamos. Brandon nos está esperando en el despacho.

Lauryn se deslizó sobre el suave asiento de piel y llenó sus

pulmones del olor a coche nuevo. El salpicadero del Lexus parecía un ordenador de la NASA, con GPS y radio por satélite. A saber qué más aparatos habría. Le temblaba la mano mientras metía la llave en el contacto.

—Has llevado documentos al bufete de Brandon otras veces. ¿Recuerdas dónde está? —preguntó Adam.

—Sí, claro.

Pero no le apetecía mucho maniobrar un coche nuevo durante la hora punta en el centro de Miami.

Adam le dio unos minutos para que se acostumbrase a manejar el Lexus antes de seguir hablando:

—Las leyes de Bahamas exigen que estemos en el país veinticuatro horas antes de solicitar la documentación necesaria para casarnos. Nos iremos mañana por la mañana, nos casaremos el jueves y volveremos el lunes.

—¿Tan pronto? —preguntó ella, tragando saliva.

—¿Para qué esperar?

—¿Y vas a estar fuera del club tantos días?

—Sobrevivirá sin mí, no te preocupes. Y Sandy se encargará de todo por ti.

—¿Sandy es mi predecesora?

—Así es.

—Pero entonces no tendré tiempo de hacerme ese cambio de imagen…

—Hazlo en la isla. Cassie puede decirte dónde ir.

Pronto llegaron al edificio de Washington y Asociados. Y como muchos de los empleados salían de la oficina a esa hora, Lauryn encontró un sitio donde aparcar. Pero el nudo que tenía en las cervicales pronto se extendió a su estómago mientras subía con Adam en el ascensor. Una mujer de unos sesenta años los esperaba en recepción.

—¿Qué es eso que he oído sobre un compromiso? Primero tus hermanos, luego Brandon y ahora tú. ¿Qué ocurre, los hombres de Miami han recuperado el sentido común?

—Hola, Rachel —Adam abrazó a la mujer—. Te presento a Lauryn Lowes, mi prometida. Rachel Suárez, la secretaria de Brandon.

—Encantada.

—Lo mismo digo. Pero voy a darte un consejo: Adam será un buen marido… mientras lo lleves con una correa.

—Gracias —dijo ella, sorprendida.

Brandon Washington apareció enseguida. Era un hombre de la estatura de Adam, un atractivo afroamericano. Lauryn había hablado con él en numerosas ocasiones y siempre le había parecido muy

agradable.

—¿Sigue llevando tu bufete? —preguntó Adam, señalando a Rachel.

—Eso dice ella —sonrió Brandon—. Vamos a mi despacho.

Lauryn tragó saliva, preguntándose si estaba haciendo lo correcto. Pero si se marchaba ahora, nunca descubriría nada sobre su madre. Y seguramente también perdería su trabajo.

—¿Estáis seguros de que queréis hacer esto? —preguntó Brandon, mirando de uno a otro.

—Yo estoy seguro —respondió Adam.

—¿Y tú, Lauryn?

—Pues… —ella se aclaró la garganta mientras le entregaba la carpeta—. Sí, yo también.

—¿Tienes alguna pregunta? ¿Alguna cuestión que necesites clarificar?

«¿Hay otra manera?», pensó.

—No.

—No le ha pedido a otro abogado que lea el acuerdo —le informó Adam.

—¿Quieres que lo haga uno de mis socios? —preguntó Brandon.

—No, no. Está bien.

El abogado asintió con la cabeza.

—Una vez en Bahamas, tendréis que ir al consulado norteamericano para solicitar los papeles. Ah, y Adam me ha dicho que vais a haceros un análisis de sangre mañana por la mañana. Una decisión inteligente.

Lauryn lo miró, sorprendida. Debía de estar convencido de que iba a convencerla para que se acostase con él.

«Pero eso no va a pasar», le dijo con los ojos.

«¿Quieres apostar algo?», parecía decir Adam.

—Lauryn, ¿has estado casada antes? —preguntó Brandon.

—Pues… no.

Le habían dicho que una anulación no contaba. Legalmente era como si nunca hubiera estado casada, lo cual estaba bien porque ni siquiera se acordaba de la ceremonia. Sí, mejor no contarle a nadie lo tonta que había sido.

—Entonces, éste es todo el papeleo que necesitáis. Cassie ha preparado un búngalo en la playa y también ha contratado al oficiante, al fotógrafo, la cena… La ceremonia tendrá lugar el jueves por la noche en la playa. Cassie y yo seremos los testigos y al día siguiente enviaré un comunicado de prensa. ¿Tenéis alguna pregunta?

Lauryn negó con la cabeza porque no le salía la voz.

Y después de firmar los papeles estaba hecho.

—Os enviaré una copia a cada uno —dijo luego Brandon—. Nos vemos el jueves, ¿no?

El jueves.

En cuarenta y ocho horas sería una mujer casada. Otra vez.

Y esa vez no podría llamar a su papá para que arreglase el desaguisado.

—¿Quieres casarte conmigo, Lauryn?

Ella se volvió, atónita. De repente, no podía oír el murmullo de las conversaciones en el exclusivo restaurante. O quizá todo el mundo se hubiera callado, esperando su respuesta.

Ella no sabía mucho de diamantes, pero estaba segura de que el que Adam tenía en la mano costaba una fortuna. La piedra, en corte marquesa, debía de tener al menos dos quilates. Y brillaba tanto como sus ojos.

—Pues…

Aunque no lo habían ensayado, sabía lo que tenía que decir. Pero no era capaz de articular palabra.

Flores, velas, un violinista, la mejor mesa del restaurante frente al mar… Adam había planeado el momento romántico perfecto.

Y todo era falso. Tan falso como lo sería su matrimonio.

—Cariño, no me hagas sufrir. Tú sabes que tenemos que estar juntos.

Lauryn se llevó una mano al corazón. Aquello no estaba bien. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer si quería descubrir la verdad?

—Sí —se oyó decir a sí misma—. Sí, me casaré contigo.

Adam sonrió mientras le ponía el anillo en el dedo. Y luego se inclinó para buscar sus labios. El beso había sido tan repentino que Lauryn no supo reaccionar. No había esperado que la besara en público y tampoco que sus labios fueran tan suaves. Ni tan cálidos. Ni tan persuasivos. Ni tan deliciosos.

—Échame los brazos al cuello —le dijo al oído.

Lauryn hizo lo que le pedía y Adam la envolvió en sus brazos. Estaba aplastada contra el torso masculino y un escalofrío de deseo la recorrió entera. Nerviosa, bajó las manos y apartó la mirada… para encontrarse con la de Helene Ainsley unas mesas más allá.

«Son sólo apariencias», pensó.

Y no debía olvidarlo. Era una charada, una actuación. Una oportunidad para él de conseguir la presidencia de la Cámara de Comercio. Nada más.

Adam se llevó su mano a los labios antes de inclinar la cabeza para besarla tiernamente en el cuello, haciendo que se le pusiera la piel de gallina.

No podía ser. Ella no quería desearlo.

—Muy convincente. Buen trabajo —le dijo al oído.

El camarero llegó inmediatamente con una botella de champán y presentó la etiqueta para la inspección.

Oh, sí, Adam definitivamente había planeado aquello… incluso la botella de Salon Blanc.

Lauryn sabía que era su favorito porque guardaba varias cajas en el club y, según los rumores, cuando pedía una botella era porque ya había elegido acompañante para la noche.

Ella no quería ser sólo otra mujer en su cama. Y no debía olvidar que los Adam Garrison de este mundo compraban todo lo que querían.

Él podía haber comprado su participación en aquel matrimonio, pero no podía comprar su dignidad. Y para conservarla debía alejarse de su cama… por mucho que despertara en ella deseos que había creído dormidos. Porque cuando la hedonista salía a jugar, su sentido común se iba por la ventana.

Y se negaba a ser el títere de otro hombre.

Lauryn se detuvo en medio de la pista.

—¿Qué es eso?

—Una Columbia 400, turbo —contestó él—. Mi avioneta.

Lauryn lo miró, aterrada. Debería haber imaginado que algo así iba a pasar cuando vio que no tomaba la autopista que llevaba al aeropuerto de Miami.

—¿Por qué no podemos ir en un avión de línea regular? Ya sabes, un avión grande con un experto piloto, copilotos, azafatas…

—No, demasiado lento —contestó él, colocándose las gafas de sol sobre la cabeza—. Soy piloto, Lauryn. Tengo licencia desde los dieciséis años. No va a pasar nada.

—Yo no quiero morir.

—Yo tampoco —dijo él.

—Pero yo nunca he viajado en una avioneta…

—Entonces, será tu primera vez —dijo Adam sonriendo, y abrió una de las portezuelas.

—Mi padre murió en un accidente de avión.

—Lo siento —dijo él entonces—. No lo sabía. Pero no te preocupes, en serio, soy un buen piloto. Además, según las estadísticas es mucho menos probable morir en un accidente de avión que en uno

de coche. Vamos, sube.

—Es que yo me mareo en los barcos…

—Pero aquí no te vas a marear, te lo aseguro —Adam tomó su mano y la apretó con fuerza—. Confía en mí.

Iba a obligarla a subir a aquella cosa de lata.

—Con dos condiciones. Una, si lo paso mal, volveremos en un avión normal. Y dos, nada de acrobacias.

—Nada de acrobacias, de acuerdo —sonrió él—. Venga, sube.

Una vez en el asiento de la avioneta, Adam la ayudó a ponerse el cinturón de seguridad antes de colocarse frente a los mandos. Diez minutos después, cuando había comprobado lo que a Lauryn le parecieron miles de botones, se inclinó para ponerle unos auriculares.

—¿Me oyes ahora?

—Sí.

Mientras Adam se comunicaba con la torre de control, ella se dedicó a hacer cuentas para no pensar en lo que estaba a punto de hacer. ¿Cuántos intereses darían un millón de dólares pagados en veinticuatro plazos durante cinco años?

La avioneta empezó a moverse, saltando suavemente sobre la pista, y Lauryn cerró los ojos. Pero unos minutos después, notó que Adam tocaba su mano.

—Ya puedes abrirlos.

Ella abrió un ojo y vio… el cielo azul. Y cuando se arriesgó a mirar hacia abajo no se mareó como había imaginado. Al contrario, quería ver más, acercarse más a la ventanilla.

—El agua es tan verde…

—Preciosa, ¿verdad? Como el color de tus ojos.

Ella lo miró, sorprendida.

«No le des importancia, es un seductor nato», pensó. Pero saber eso no diluía el impacto del piropo.

—Gracias.

—¿Quieres que pasemos por encima de mi casa antes de dirigirnos al este?

Lauryn lo pensó un momento.

—Muy bien.

Adam no tenía que ser agradable con ella. La tenía donde la quería, la había contratado para que hiciera exactamente lo que deseaba.

Pero le gustaba que hiciera un esfuerzo.

Como un ciervo cegado por los faros de un coche, Adam no

podía apartar la mirada. Unas curvas de escándalo, unas piernas interminables…

Lauryn estaba hablando con Cassie en la puerta del búngalo.

«Es preciosa».

¿Cómo no se había dado cuenta antes?

El material tenía que haber estado ahí porque era imposible que Lauryn hubiese hecho maravillas quirúrgicas en cinco horas, desde que Cassie fue a buscarlos al aeropuerto de Nassau para llevársela de compras mientras él iba al búngalo.

Adam, saliendo del trance, se dirigió a la puerta, pero se le doblaban las piernas mientras bajaba la escalera. Lo achacó al análisis de sangre que se habían hecho esa mañana, aunque sabía que era mentira.

Cuando llegó a su lado tuvo que hacer un esfuerzo para encontrar la voz. La luz del sol iluminaba su pelo rubio, suelto por primera vez. Tenía una melena preciosa, larga y lisa… unas pestañas larguísimas, unos labios de pecado.

—Hola, Adam.

Él tuvo que hacer un esfuerzo para mirar a su hermanastra, que parecía disfrutar de su estupefacción.

—Ah, hola. Gracias por todo, Cassie.

—De nada. ¿Qué te parece?

Adam devoró a Lauryn con la mirada, desde el pelo brillante a las uñitas de los pies, pintadas de rosa. ¿Cómo había podido creer alguna vez que era una mujer sosa? ¿Estaba tan ensimismado que no había visto que había una mujer bellísima frente a él?

Aparentemente, sí.

—Este búngalo es uno de mis favoritos —siguió diciendo Cassie.

—Es muy agradable, sí —murmuró Adam, sin dejar de mirar a Lauryn.

—Genial. Bueno, yo tengo que irme. Tengo una cita esta noche con vuestro padrino. Nos vemos mañana.

—Adiós, Cassie, y gracias otra vez —se despidió Lauryn.

—De nada. Lo he pasado muy bien.

Adam observó el coche alejándose por la carretera de la playa y luego se volvió hacia Lauryn, maldiciendo los meses de celibato tras la muerte de su padre. A pesar de lo que dijeran las revistas, no había estado de humor para acostarse con nadie. Por muy furioso que estuviera con su padre por haberlo dejado fuera de la dirección de la empresa, seguía echándolo de menos.

Lauryn, con unas sandalias de tacón alto que realzaban sus piernas, se dirigió hacia la casa con un montón de bolsas en la mano.

—Espera, deja que te ayude.

Adam tomó las bolsas y las llevó al dormitorio que había elegido para ella. En realidad, había menos bolsas de las que esperaba. Su futura esposa no parecía querer llevarlo a la ruina.

Lauryn entró tras él y miró alrededor. Su ropa de estilo conservador no decía a gritos «estoy disponible» como ocurría con muchas chicas en el club. Pero había una sutil sensualidad en cómo el vestido acariciaba sus curvas. Pues bien, el beso de la noche anterior en el restaurante había sido como un tsunami… y eso antes de ver a su futura mujer así.

La deseaba. Mucho. Pero había prometido aceptar la condición de no mantener relaciones sexuales hasta que ella cambiase de parecer.

Y, maldición, él se enorgullecía de ser un hombre de palabra.

Pero esperaba que Lauryn cambiase de opinión cuanto antes. Claro que no lo haría antes de la boda. Y, a juzgar por el cansancio que había en sus ojos, se quedaría sin novia si intentaba seducirla esa noche.

—Mi dormitorio está al otro lado del salón —dijo con voz ronca.

—Muy bien.

Si quería dormir esa noche mejor que la noche anterior tenía que salir de allí y no imaginar a Lauryn desnuda en la bañera. Con él a su lado.

—¿Dónde están tus gafas?

Ella arrugó la nariz.

—Pues… la verdad es que no las necesito.

—¿Y por qué escondes unos ojos tan bonitos detrás de unos cristales?

No tenía sentido. Las mujeres que él conocía mostraban sus encantos descaradamente. Incluso pagaban buen dinero por hacer que esos encantos aumentasen de tamaño.

—Aprendí hace mucho tiempo que era mejor no llamar la atención. Los hombres creen que las mujeres guapas son tontas y, además, están disponibles.

—¿Y tú no lo estás?

—No, por el momento no.

—Y no lo estarás hasta que nos hayamos divorciado.

—Exactamente.

La seguridad que había en su tono despertó una alarma. ¿Sería homosexual? ¿Explicaría eso que nadie la hubiera visto con un hombre? En South Beach vivían muchos homosexuales. ¿Sería ésa la razón por la que se había ido a Florida? Porque mudarse a seis mil kilómetros de su casa sólo para ver un sitio en el que había estado su padre de joven…

No, Lauryn no era lesbiana. No había imaginado la atracción que había entre ellos ni el brillo de sus ojos cuando la besó.

Y quería besarla otra vez para demostrar su teoría.

Pero no lo haría. Aún no.

Aunque sus hormonas lo estaban volviendo loco.

Debía olvidar el champán, las velas y la cena que le había pedido a Cassie que organizara en el porche. No, él necesitaba un sitio lleno de gente y de ruido. Una distracción. Cualquier cosa menos una cena íntima.

—Vamos a cenar fuera esta noche. ¿Estarás lista a las diez?

—Pero Cassie me ha dicho que había llenado la nevera —comentó Lauryn, sorprendida.

—Sí, es verdad.

Lauryn se echó la melena hacia atrás y los músculos del abdomen de Adam se pusieron tan tensos como si hubiera pasado los dedos por su piel.

—Yo prefiero posponer el numerito hasta mañana, si no te importa. Sé que tendremos que hacerlo tarde o temprano, pero es nuestra primera noche aquí y estoy agotada. Cassie es una máquina de comprar. Y si alguien ha prestado atención a nuestro itinerario, esperarán que queramos estar solos.

Sí, iba a ser una noche muy larga.

—Muy bien, elige lo que quieras de la nevera y mételo en el microondas, yo voy a correr un rato por la playa. Volveré dentro de una hora.

Y entonces Adam hizo algo que no había hecho nunca: salió huyendo de una mujer.

Capítulo Cinco

Jueves. El día de su boda.

Lauryn nunca había sufrido claustrofobia, pero estaba empezando a sentirla. Las paredes del espacioso dormitorio parecían cerrarse a su alrededor a medida que el reloj se acercaba a la hora de la ceremonia.

La seda del vestido de color marfil flotaba alrededor de sus tobillos desnudos mientras paseaba de un lado a otro.

No podía evitar comparar aquella boda con la primera. Su ex tenía segundas intenciones. Adam también, pero lo que iba a hacer Adam no era ilegal y nadie acabaría en la cárcel. Además, esta vez Lauryn sabía lo que estaba haciendo. O eso esperaba.

A los dieciocho años era increíblemente ingenua y obstinada. Y cuando su padre le prohibió salir con Tommy Saunders, decidió que era el único chico con el que quería salir. Tontamente, se había creído lo bastante madura como para tomar sus propias decisiones.

Según Tommy, ella era mayor de edad y podía hacer lo que quisiera con su vida sin darle explicaciones a nadie. Por eso había aceptado ir a México con él durante un fin de semana, mientras sus padres creían que iba a casa de una amiga. No fue una de sus mejores decisiones.

En Tijuana, Tommy la había emborrachado con tequila antes de pedirle que se casara con él. Lauryn, aunque borracha, sabía que su padre se pondría furioso, de modo que se negó. Pero a la mañana siguiente despertó con una resaca y una barata alianza en el dedo que ella no recordaba haber puesto allí. Y cuando le preguntó a Tommy, él admitió que le había echado algo en la copa para desinhibirla y ayudarla a tomar la decisión que, según él, sabía que en el fondo quería tomar.

Eso la preocupó, pero lo que la asustó de verdad fue su plan para hacerse ricos en cuatro días. Fue entonces cuando se dio cuenta de que tenía que escapar de allí.

Esa fue la última vez que se rebeló. Después de que su padre la rescatara del desastre se había convertido en la hija perfecta; una buena estudiante y una buena chica, como sus padres querían.

Pero una buena chica no se escaparía a Bahamas para casarse con su jefe y no olvidaría invitar a su madre a la boda.

Haciendo una mueca, Lauryn salió al porche. No la había llamado porque no quería que Susan supiera nada sobre aquella boda. Se llevaría un disgusto al saber lo lejos que estaba dispuesta a llegar para saber algo sobre su madre biológica. Vería aquello como un fracaso por su parte. Y no era verdad; Susan había sido una madre

maravillosa.

Lauryn miró el mar, intentando calmar sus agitados nervios. El arco que Cassie había encargado para la ceremonia estaba en la arena, entre el búngalo y la playa.

Entonces oyó voces. ¿Sería Cassie? La necesidad de ver una cara conocida era tan grande que bajó los escalones del porche de dos en dos.

Adam, Brandon y Cassie se volvieron a la vez.

—Veo que no eres supersticiosa —sonrió Cassie.

—No, no lo soy —contestó ella.

Adam llevaba un esmoquin y una camisa blanca que acentuaba su bronceado y hacía que sus ojos parecieran más azules. Era la fantasía de cualquier chica. Guapo, rico, encantador.

Sexy.

Intentando olvidar esa última parte, Lauryn se pasó la lengua por los labios.

«Nadie te respetará si tú no te respetas a ti misma», recordó las palabras de su padre.

Así que nada de sexo y nada del «hombre del momento». Ni siquiera con el que iba a casarse en cinco minutos.

—Si es verdad que da mala suerte que los novios se vean antes de la ceremonia, Adam y yo hemos metido la pata. Nos pasamos el día de ayer yendo de una oficina a otra para arreglar papeles.

Él le pasó un brazo por la cintura y Lauryn se puso tensa.

—Estás muy guapa.

—Gracias. Tú también. El esmoquin te queda de maravilla.

Intentaba parecer tranquila, pero su corazón se había acelerado y tenía que hacer un esfuerzo para no echarle los brazos al cuello. Debía acostumbrarse a que la tocara. Y tenía que hacerlo rápido, porque Cassie no sabía la verdad.

Brandon y Cassie se quedarían a cenar después de la ceremonia y, aunque no le gustaba nada tener que fingir que estaban enamorados, así retrasaría el momento de quedarse a solas con él.

La noche anterior había sido una pesadilla. No recordaba haber estado tan nerviosa en su vida. Cada vez que Adam se movía, cada vez que ponía la copa sobre la mesa era como un estruendo. Y, por fin, la tensión la llevó a su dormitorio con la excusa de un dolor de cabeza. Intentó leer una novela, pero un romance con ardientes escenas de amor era lo último que necesitaba. Incluso con la puerta cerrada estaba pendiente de sus movimientos.

Su matrimonio era un simple acuerdo entre los dos, pero la boda parecía tan real, tan permanente… Aunque no lo era. Y no tenía que serlo. Algún día encontraría al hombre de su vida, uno que se casaría

con ella sólo porque la quería y no con segundas intenciones.

No como había hecho su padre cuando se casó con Susan, como Tommy y Adam con ella. Pero no todos los hombres podían ser tan tramposos. Tenía que haber alguno bueno y, cuando todo aquello terminase, lo encontraría.

De modo que se obligo a sonreír.

—Cassie, esto ha quedado precioso. No puedo creer que lo hayas hecho tan rápido.

—Lo he pasado muy bien. Además, es un ensayo para mi boda.

—¿Cuándo será eso? —preguntó Adam.

—Pronto —contestó Brandon, mirando a su prometida.

Lauryn quería que un hombre la mirase así, con ese brillo de amor en los ojos.

Poco después llegó la persona que iba a oficiar la ceremonia, pero ella prestó poca atención a las presentaciones porque una alarma había empezado a sonar en su cerebro. Estaba tan asustada que quería salir corriendo hasta California. Pero no podía hacerlo hasta que hubiera encontrado las respuestas que buscaba, de modo que clavó los pies en la arena y el movimiento pareció llamar la atención de Adam.

—Perdonadme un momento —Adam entró en la habitación y volvió poco después sin zapatos ni calcetines. Y el corazón de Lauryn empezó a latir como loco. Había algo increíblemente *sexy* en un hombre descalzo y con esmoquin, no sabía por qué.

—Bueno, está empezando a ponerse el sol. ¿Lista?

«No».

—Sí.

—¿Empezamos? —Adam le ofreció una rosa con una cinta de seda color marfil atada al tallo antes de tomarla del brazo.

La brisa del mar movía suavemente su pelo, sujeto con una diadema de flores, y Adam apartó un mechón para colocarlo detrás de su oreja. El roce la hizo temblar de deseo, de excitación. Y ninguna de las dos emociones era adecuada.

Cuando Cassie y Brandon se colocaron en su sitio el oficiante empezó con la ceremonia. En otro momento, la voz melódica del hombre le habría parecido preciosa, pero el fragante arco cubierto de flores sobre su cabeza parecía encerrarla como una celda.

Una niebla fría se había instalado en su corazón. No podía creer que fuera a casarse con un hombre que no la quería para descubrir algo sobre una mujer que la había descartado de su vida.

Pero, ¿por qué no la había querido Adrianna? Esa pregunta evitaba que saliera corriendo. Tenía que saberlo. Y contaba con la casa de Adam para encontrar las respuestas.

Como si quisiera convencerla para que no se fuera, él la miraba a

los ojos mientras hacía las promesas del matrimonio con su voz de barítono. Si tenía alguna duda sobre la charada que estaban haciendo lo escondía bien. Y no le temblaron las manos mientras le ponía una banda de platino y diamantes en el dedo.

Y luego llegó el turno de Lauryn, que repitió las palabras del oficiante rezando para que aquél no fuera un error aún mayor que su boda con Tommy. Había confiado en él y la había traicionado. ¿Haría Adam lo mismo?

Sólo su palabra de honor evitaría que quisiera consumar el matrimonio esa misma noche. O cualquier otra noche. ¿Podía confiar en él?, se preguntó.

«Un poquito tarde para preocuparte por eso, ¿no?».

—Yo os declaro marido y mujer. Enhorabuena, señor y señora Garrison.

Señora Garrison.

Antes de que pudiera digerir esas palabras, Adam tomó su cara entre las manos para besarla. Y aquél no era un beso tentativo. No, la besaba como un hombre seguro de que iba a ser bien recibido. Separaba sus labios con la lengua como si tuviera todo el derecho del mundo a hacerlo.

El beso parecía invitarla a una fiesta de delicias sensuales que, sin duda, aquel hombre podría darle. No había tenido ningún amante desde Tommy, que no era más que un crío egoísta de veintitrés años. Y antes de Tommy, sus novios siempre habían sido adolescentes como ella.

El beso de Adam prometía delicias desconocidas y Lauryn sintió que empezaba a perder la cabeza. El roce de su lengua despertaba el deseo de terminar con una sequía de muchos años y quería aceptar la invitación, descubrir si hacer el amor podía ser tan excitante como en las novelas románticas a las que era tan aficionada.

Registró vagamente los gritos de las gaviotas sobre su cabeza y las olas golpeando la playa, pero fue la risa de Cassie lo que la devolvió a la realidad.

«¿Qué estás haciendo?».

Lauryn se apartó, nerviosa.

Había cometido muchos errores en el pasado, pero nunca había querido engañar a un hombre. Y ese beso, cargado de años de pasión contenida, había prometido algo que no tenía la menor intención de darle.

—¿Está lo bastante sobria como para ponerse al teléfono?

Lauryn estuvo a punto de atragantarse con el champán al oír la

pregunta.

Sí, aquélla era su segunda copa desde que Brandon y Cassie se habían ido y había tomado otras dos durante la cena, así que debería empezar a tomar café… a menos que quisiera otra noche de bodas como la primera. Una que no podía recordar. Además, intentar ahogar los nervios en alcohol no estaba funcionando.

—Espero mientras vas a buscarla, Lisette —Adam empezó a quitarse la corbata con expresión tensa.

«Bienvenido al club».

—¿Con quién hablas?

—Estoy llamando a mi madre para decirle que nos hemos casado. ¿Tú tienes que llamar a alguien?

—No, gracias —murmuró Lauryn.

—¿No tienes familia? La verdad, ahora que lo pienso, no te di oportunidad de invitar a nadie.

—No, sólo me queda mi madre. Pero dentro de unos días se marcha a un crucero por los mares del Sur y no quería molestarla.

Habían contratado el crucero antes de que su padre muriera y, en lugar de cancelarlo, Susan había decidido ir sola como recuerdo. Le había pedido a ella que la acompañase, pero Lauryn no estaba preparada para perdonar las mentiras ni para abandonar su búsqueda de respuestas.

—¿No te preocupa que se entere de tu matrimonio por otras fuentes? Brandon enviará un comunicado de prensa mañana mismo.

—Mi madre vive en Sacramento, no creo que lea los periódicos de Miami.

—No, probablemente no.

—Se lo contaré cuando vuelva del crucero.

O nunca. Ya le había dado suficientes disgustos. ¿Por qué volver a hacerlo, precisamente ahora que su relación era más tensa que nunca?

Adam la miró entonces de arriba abajo y Lauryn se mordió los labios. Desde aquel maldito beso durante la ceremonia la miraba de otra manera… más sexual. Como si se hubiera puesto un conjunto de ropa interior de encaje.

Y eso no estaba bien.

De repente, Adam se dio la vuelta.

—Hola, madre. Estoy en Bahamas. Llamo para decirte que me he casado esta tarde… con Lauryn Lowes, la contable de Estate. No, no la conoces.

Lauryn hizo una mueca. Pero no quería seguir escuchando la conversación, de modo que fue a la cocina para hacerse un café, más por hacer algo que por necesidad de cafeína. De todas maneras, su

conciencia no la dejaría dormir esa noche.

¿Qué pensaría la familia de Adam de aquella apresurada boda? Ella no pertenecía a su círculo de amistades. Al menos, aún no había sido capaz de demostrar su conexión. ¿Podría hacerlo algún día? ¿Y ser la hija ilegítima de Adrianna sería un perjuicio o una ventaja?

El sonido de unos pasos la hizo girar la cabeza.

—Tenemos que enviar tus cosas a un guardamuebles.

—Pero mi contrato de alquiler no expira hasta dentro de un año…

—No puedes seguir viviendo allí, Lauryn.

—Sí, bueno… veré si puedo realquilarlo.

Desperdiciar el dinero del alquiler no era sensato, pero dejar su apartamento le parecía tan definitivo…

Adam, apoyado en el quicio de la puerta, estaba un poco más despeinado que de costumbre y a Lauryn le habría gustado pasar los dedos por su pelo.

Ridículo. Nada de tocarse a menos que hubiera alguien delante.

—¿Qué le has contado a tu madre? Me refiero a nuestra relación. Cuando Cassie me ha preguntado esta tarde no sabía por dónde salir.

—¿Y qué le has dicho?

—Que nos conocimos en el trabajo e intentamos que no lo supiera nadie porque yo era una empleada.

—Me parece bien. Podemos usar eso.

—¿Pero qué le has contado a tu madre?

—Lo que has oído: que me he casado con la contable de Estate. Pero mi madre no estaba lo bastante sobria como para entender lo que decía. Pronto descubrirás que tiene un problema con el alcohol. Si quieres mantener una conversación coherente con ella tendrá que ser antes de las doce del mediodía.

Evidentemente, era algo que lo enfurecía. O lo frustraba.

—¿Y tus hermanos? Además de Cassie, tienes dos hermanos y dos hermanas, ¿no?

—Así es. Mis hermanos, Parker y Stephen, son mayores que yo. Mis hermanas, Brooke y Brittany, las gemelas, son más jóvenes. Les enviaré un *e-mail*.

—Yo no tengo hermanos, pero no creo que dar una noticia así por *e-mail* sea lo mejor, ¿no? ¿Por qué no los llamas por teléfono?

—No tenemos una relación muy cercana.

Lauryn sintió cierta compasión. Una compasión que no debería sentir si quería mantener las distancias. Al menos él tenía una familia. Quizá no fuera una familia perfecta, pero la tenía y, si no se llevaba bien con ellos, era su problema.

—Pero…

—Lauryn, sería muy raro que pasara mi noche de bodas hablando por teléfono en lugar de estar con mi esposa.

Recordar lo que harían la mayoría de las parejas recién casadas durante su primera noche hizo que ella carraspease, incómoda.

Se sentía atraída por Adam. A pesar de su fama de mujeriego, a pesar de que la estaba usando para conseguir sus propósitos. A pesar de la naturaleza temporal de su relación. Había pensado que sería fácil estar casada con él durante dos años y olvidar esa atracción, pero…

Debía olvidarse del café. Necesitaba distancia y soledad, no un café. Y tenía que controlar sus hormonas.

—¿Es seguro pasear por la playa a estas horas?

—Probablemente no.

—Ah —otra ruta de escape que no podía usar—. Entonces nada.

—Ponte una chaqueta.

—Pero…

—Lauryn, ponte una chaqueta y vamos a dar un paseo por la playa.

Lo había dicho como si fuera una orden. Una orden y una advertencia. Y una que debía escuchar si no quería hacer algo que lamentara después.

Como consumar su matrimonio de conveniencia.

Capítulo Seis

Adam no podía dormir.

No era ninguna sorpresa, claro.

Apoyando los antebrazos en la barandilla del porche miró la oscura playa. El sonido de las olas no lograba calmarlo y la fresca brisa del mar no parecía capaz de enfriar su ardor. La mujer que dormía al otro lado de la pared tenía la culpa de eso.

El beso de Lauryn después de la ceremonia había sido como una corriente eléctrica. Pero ella había apagado esa corriente como si tuviera un interruptor.

¿Cómo lo hacía? Porque él no había sido capaz. Aún seguía excitado, nervioso.

¿Por qué tenía que sucederle ahora? ¿Y por qué con ella? ¿Por qué su libido tenía que despertarse precisamente por una mujer que no quería saber nada de él?

Sólo cuando se retiró a su habitación se dio cuenta de que no había descubierto nada nuevo sobre ella durante su paseo por la playa o durante la partida de *scrabble* después, salvo que su vocabulario era más amplio de lo que creía. Y que era muy competitiva.

Su mujer sabía esconder una jugada.

Su mujer.

Casada. Con él.

Se le quedó la boca seca y, cuando alargó la mano para tomar la cerveza que había dejado sobre la barandilla, el brillo de la luna sobre su alianza lo sorprendió. Adam flexionó la mano, notando que no se sentía tan atrapado como había esperado.

¿Sería capaz de serle fiel a una mujer durante dos años? Él nunca había querido a una mujer de forma exclusiva ni a ninguna que pareciera capaz de serle fiel a él. Las mujeres que iban a Estate cambiaban de hombre tan a menudo como cambiaban de ropa.

Dos años con Lauryn. Ciento cuatro semanas. Setecientos treinta días. Y noches.

Y sin garantías de meterse en la cama con ella.

¿Tendría la infidelidad grabada en su ADN? Si alguna vez se enamoraba de verdad, ¿traicionaría a su mujer como había hecho su padre? No, porque él no iba a enamorarse. Había visto demasiadas relaciones fallidas como para creer en eso del amor.

¿Debería quedarse en la isla hasta el lunes como había planeado y arriesgarse a perder la cabeza por su mujer o volver a Miami, a la seguridad que ofrecía una casa de diez mil metros cuadrados?

Pero si volvía antes tendría que cenar en casa de su madre el domingo… algo que prefería posponer todo lo posible. Los Garrison

no eran precisamente una familia cariñosa y asustar a Lauryn tan pronto no sería bueno.

Necesitaban esa luna de miel por muchas razones.

Una: las apariencias. Una pareja de recién casados querría estar a solas.

Dos: no podía aparecer en la cena familiar sin saber nada sobre la mujer con la que se había casado. Si lo hacía, aquella charada no valdría de nada.

Tres: Lauryn daba un salto cada vez que la tocaba.

Las mujeres no se ponían tensas cuando las besaba, al contrario; se derretían y le devolvían los besos pidiéndole más.

Pero Lauryn Lowes no. Lauryn Garrison, se corrigió a sí mismo.

¿Por qué no? ¿Qué encendía a aquella mujer? ¿Y por qué no quería acostarse con él? Las mujeres lo deseaban y su esposa no debería ser una excepción.

Hacer que cambiase de opinión no era ya importante sólo para acostarse con ella, sino para mantener las apariencias. Y el orgullo. Quedándose en Bahamas tendría tiempo para diagnosticar y rectificar el problema. No podría seducirla con el trabajo y la familia interrumpiendo.

Necesitaba una estrategia.

La puerta se abrió entonces y Adam estuvo a punto de atragantarse con la cerveza. Lauryn acababa de salir al porche vestida sólo con una camiseta. Una camiseta de fino algodón que, a la luz de la luna, destacaba sus erectos pezones.

—Ah, lo siento. No sabía que estuvieras aquí.

—¿No podías dormir? —Adam tuvo que aclararse la garganta.

—No. ¿Y tú?

—Yo estoy acostumbrado a acostarme tarde.

—¿Tienes hambre? Podría preparar algo.

—No, gracias. No tienes que cocinar para mí. No me he casado para conseguir un chef.

—¿En la finca tienes servicio?

—Sí. Y han sido informados de que vamos a mudarnos allí.

—¿Confías en que no le cuenten a nadie que dormimos en habitaciones separadas?

Adam apretó los labios. Otra razón para convencer a Lauryn de que debían compartir cama.

—Buena pregunta. Como tú, han firmado un acuerdo de confidencialidad y, por el momento, no han contado ningún cotilleo sobre las personalidades que se han alojado allí. Pero no hay garantías, claro.

—¿La casa tiene alguna suite?

—Sí, claro. En la suite principal hay un dormitorio y un cuarto de estar.

—Pues ahí está la solución. Les diremos que dormimos separados porque roncas.

—Yo no ronco.

Lauryn sonrió, la primera sonrisa genuina desde que empezaron aquella… cosa. Una sonrisa que le robó el aliento.

—No he dicho que lo hagas. He dicho que les contaremos que roncas.

—¿Por qué no les cuentas que eres tú la que ronca?

—Pórtate como un caballero, Adam.

Adam no se había sentido menos como un caballero en toda su vida. No, lo que quería era tirarla en la cama y pasar el resto de la noche haciéndola gemir, suplicar y gritar su nombre…

Un momento. ¿De dónde había salido eso?

Lauryn dio un paso atrás.

Pero no podía haber leído sus pensamientos. ¿O sí?

—Lauryn, no tienes que irte. En el porche cabemos los dos. Ya se nos ocurrirá algo que contarle al servicio… pero no que ronco.

Un hombre tenía su orgullo.

—Muy bien.

—¿Quieres una cerveza?

—No, gracias. ¿Pensabas… nadar un rato?

—Lo había pensado, sí. Pero no conozco bien la zona y se me ha olvidado preguntarle a Cassie si es seguro.

—No, claro, siendo cebo para tiburones no podrías ocupar un asiento en la Cámara de Comercio —bromeó Lauryn.

Adam levantó una ceja. No sabía que tuviera sentido del humor.

—No, pero tú te convertirías en una viuda muy rica.

—No digas eso, por favor.

Él se encogió de hombros.

—¿Por qué no podías dormir?

—Estaba pensando en tu familia —contestó Lauryn, acercándose —. ¿No te molesta tener que mentirles?

No era lo que él había esperado oír, pero… en fin, uno podía hacerse ilusiones.

—Es necesario.

Seguramente Lauryn querría saber algo más, pero no estaba dispuesto a contarle que su familia no confiaba en él.

Adam terminó su cerveza y la miró a los ojos.

—Tenemos algunos problemas.

—¿Qué problemas?

—Te asustas cada vez que te toco, Lauryn. Mi familia, particularmente mis hermanas, se darían cuenta enseguida.

—Sí, bueno… intentaré controlarme.

—Podríamos practicar.

—¿Practicar?

—¿Tienes una idea mejor?

Lauryn soltó una carcajada.

—Estás empezando a hablar como un adolescente.

—¿Qué?

—¿Podríamos practicar? Por favor, Adam, pareces un crío.

¿Un crío? ¿Cómo podía ser un crío si tenía treinta años? Además, él tenía mucha experiencia con las mujeres.

—Adam, esto no es el instituto. No tienes que besar a una chica para ver hasta dónde puedes llegar.

—¿Tú te besabas con chicos en el instituto?

Lauryn lo fulminó con la mirada.

No, debía ser que no. Ella era demasiado… ¿qué palabra estaba buscando? ¿Apropiada, seria, estricta? Y por eso era la esposa perfecta para él. El consejo de la Cámara de Comercio y su familia tenían que creer que sus días de fiesta habían terminado.

—No me gustan los revolcones de una noche.

Adam se acercó un poco más, tanto como para sentir el calor de su cuerpo.

—Con tu marido no sería un revolcón de una noche.

Lauryn tragó saliva.

—Hay una cláusula en nuestro contrato: nada de sexo.

—¿Entonces qué sugieres? —Adam levantó una mano para acariciar su pelo, pero ella se apartó.

—¿No podemos ser amigos?

—Amigos —repitió él. Lo último que un hombre quería escuchar.

No sería capaz de sobrevivir durante cuatro días en aquel paraíso con Lauryn sin perder la cabeza. Y la idea de aguantar así dos años… Algo dentro de sus pantalones se encogía al pensarlo.

Tenía que urdir un plan. Un plan para seducir a su mujer.



Lauryn no estaba preparada. Aún no.

Nunca estaría preparada para convencer a quienes mejor conocían a Adam de que estaba enamorada de él. Pero lo intentaría. Ese era el acuerdo.

Habría preferido quedarse en Bahamas y soportar la tensión sexual que había entre los dos antes que conocer a su familia en masa, pero aquella mañana, de repente, Adam había insistido en volver a Miami para organizar la mudanza y cenar con su familia. Habían estado todo el día separados, cada uno en su casa guardando cosas en cajas para que los de la mudanza las recogieran al día siguiente, pero ese respiro había terminado y ahora los focos la iluminaban a ella otra vez. Y Lauryn empezaba a tener miedo escénico.

Saber que dormiría en el ático de Adam esa noche no la ayudaba nada, pero la casa no estaba lista todavía. Concretamente, el sofá-cama para el salón de la suite no llegaría hasta el día siguiente. Y como se negaba a dormir con él y Adam se negaba a dormir en otra habitación, la única opción era dormir en el estudio del ático.

Lauryn estaba tan nerviosa que tenía náuseas.

—La señora Suárez dijo que tus hermanos se habían casado recientemente, ¿verdad?

—Sí. Parker se casó con Amia, su ayudante ejecutiva, en agosto, y Stephen se casó con Megan en septiembre. Tienen una niña de tres años que seguramente no estará aquí esta noche. Mi hermana Brittany está prometida con Emilio Jefferies, uno de los rivales de Garrison Inc. Si Emilio está aquí, Parker se portará como un patán. Y Brooke está soltera.

—¿Las gemelas se parecen mucho?

—Físicamente sí. Pero Brooke es nerviosa y Brittany, más relajada.

—¿Y tus hermanos?

—Parker es el mayor. Está obsesionado por controlarlo todo. Stephen no es mala persona.

¿Obsesionado por controlarlo todo? ¿Habría tensión entre Adam y sus hermanos?

—¿Cassie y Brandon van a venir?

—No lo creo.

—Una pena —murmuró Lauryn. Le habría gustado tener cerca una cara amiga.

—Es mejor que mi madre y Cassie no estén juntas, te lo aseguro.

Cassie sería un recordatorio de la infidelidad del señor Garrison, claro. Y no debía de ser fácil aceptar eso.

—Sí, es verdad. No lo había pensado.

El sol lanzaba sus últimos rayos sobre la imponente casa de estilo mediterráneo. Si no fuera a conocer a su suegra, seguramente le parecería una maravilla de casa, aunque un poco ostentosa.

Se había casado con un millonario, pensó entonces, sorprendida. Sí, sabía que Adam pertenecía a una familia rica, pero hasta aquel

momento no se le había ocurrido pensar que pronto estaría compartiendo todo aquello.

Probablemente porque el dinero nunca había sido lo más importante. Ella quería los diarios de su madre. No tenía interés en diamantes ni deseo de ir de compras todos los días.

Cuando aquello terminase volvería a su vida normal, claro que con una cuenta corriente mucho más saneada.

Adam se detuvo frente a una enorme puerta de madera y la miró a los ojos.

—Estás preciosa. Recuérdame que le dé las gracias a Cassie por ese vestido.

—Lo elegí yo.

—Es muy bonito. Elegante, pero sensual. Y recuerda, no te apartes cuando te toque —dijo Adam, inclinando la cabeza para rozar sus labios. Lauryn no tuvo tiempo de reaccionar ante el inesperado beso antes de que la puerta se abriera, pero él sonrió como un adolescente pillado en falta a la mujer que los miraba con expresión divertida.

—Llego tarde, como siempre. Pero es que estaba muy ocupado.

—Bueno, pero has venido, que es lo que importa —sonrió la mujer—. Pasad, por favor. Ya sabes lo que ocurre cuando la haces esperar.

Adam tiró de Lauryn.

—Lauryn, te presento a Lisette Wilson, la santa que cuida de mi madre. Lisette, te presento a mi esposa, Lauryn.

—¿O sea, que es verdad? —oyeron una voz masculina en el pasillo.

Lisette estrechó la mano de Lauryn antes de apartarse discretamente para dejar paso a un hombre alto y moreno como Adam.

—Pregúntale a Brandon y Cassie, ellos fueron nuestros testigos. Lauryn, te presento a mi hermano Stephen.

Stephen estrechó su mano y luego se volvió para mirar a otro hombre que se le parecía mucho. Definitivamente un Garrison, aunque ninguno de los dos tenía los ojos azules de Adam.

—Paga ahora mismo —le dijo.

—El que está buscando la cartera es mi hermano Parker —le informó Adam—. No puedo creer que hayáis hecho una apuesta.

Stephen se encogió de hombros.

—¿Qué puedo decir? Nadie imaginaba que acabarías convirtiéndote en un hombre honrado. Pero yo aposté por ti.

—Os presento a Lauryn. Seguramente la habréis visto alguna vez en Estate. Es la única mujer a la que dejo jugar con… mis cuentas —

Adam le hizo un guiño y ella disimuló un suspiro. Aquel hombre se merecía un Óscar.

Cinco personas más aparecieron en la entrada de repente, prácticamente aplastándolos contra la puerta. Las dos morenas tenían que ser las gemelas. Había otra mujer rubia, una pelirroja y un hombre con ellas. Lauryn los saludó a todos, intentando recordar los nombres.

—No esperaba que me hicieras caso y sentaras la cabeza —dijo una de las gemelas. Brittany, decidió Lauryn porque iba de la mano de otro hombre que no era de la familia, Emilio.

—A quien ha hecho caso es a mí —replicó Stephen y su hermana levantó los ojos al cielo.

—Pues he encontrado a Lauryn sin vuestra ayuda —rió Adam.

—¿Me enseñas el anillo? —preguntó Brooke.

Todos los ojos se concentraron en Lauryn, que tuvo que tragar saliva mientras alargaba la mano, esperando que no le temblase.

—Es precioso.

—Tu hermano tiene muy buen gusto.

Bien. Su voz sonaba más o menos normal.

—¿Adam tiene buen gusto? ¿Desde cuándo os conocéis? —bromeó Brooke.

Lauryn lo miró, asustada. No habían hablado de eso.

—No hace mucho —respondió por fin—. Nos conocimos cuando fui a una entrevista de trabajo en Estate hace siete meses y medio, pero… en fin, tardamos un poco en salir juntos porque yo era una empleada y…

—¿Se puede saber qué os pasa? —la interrumpió una voz femenina, ligeramente achispada. El grupo se abrió para dejar paso a Bonita Garrison, una mujer de ojos tan azules como los de Adam, pero absolutamente helados.

—¿Por qué ninguno de mis hijos tiene la decencia de casarse en una iglesia?

—Hola, madre.

La fría mirada azul examinó a Lauryn de la cabeza a los pies antes de clavarse en su hijo.

—Madre, te presento a Lauryn, mi esposa.

—Así que te has casado.

—Lauryn, te presento a Bonita Garrison, mi madre.

—Encantada de conocerla…

—¿Estás embarazada? —la interrumpió ella.

—No.

—Mejor. Necesito otra copa. ¡Lisette! —la madre de Adam se dio

la vuelta y el ama de llaves fue corriendo tras ella.

—No debería sorprenderme encontrarla así —murmuró Adam, sacudiendo la cabeza.

—Esa es nuestra madre —suspiró Brittany—. Pero en fin… Adam, no puedo creer que no hayas organizado una luna de miel decente para Lauryn. ¿Tres días en Bahamas? Por favor, no sabía que fueras un tacaño.

Él se encogió de hombros.

—Tenemos muchas cosas que hacer. Nos mudamos a la casa de Sunset Island mañana. Ya compensaré a Lauryn más adelante.

—¿Vas a vender el ático? —exclamó Stephen.

—No. Es una buena inversión y seguirá aumentando de precio. Además, lo usaré como usaba antes la casa de Sunset, para alojar a las personalidades invitadas en el club. Pero Lauryn y yo queremos una casa de verdad para formar una familia —contestó él, tomándola por la cintura.

Luego fueron a un patio frente a una piscina olímpica rodeada de palmeras. Lauryn intentaba disimular, pero era imposible no sentirse afectada por tanta opulencia.

—¿Quieres tomar algo?

—Sí, gracias. ¿Una copa de vino blanco?

—Ahora mismo.

—La cena ya está lista —anunció la señora Garrison.

—Lisette, ¿te importa pedir en la cocina que nos sirvan champán con el postre? Y únete a nosotros para el brindis —sonrió Adam.

El ama de llaves se puso colorada.

—Encantada.

—No tenéis que esperar por nosotros, iremos enseguida.

—¿Ocurre algo? —preguntó Lauryn cuando se quedaron solos.

—No, sólo estoy haciendo lo que se espera de nosotros —contestó él, inclinando la cabeza para besarla.

Lauryn intentó controlar su reacción al calor de sus labios, de su cuerpo. Pero negar el deseo que sentía por aquel hombre era imposible. Adam despertaba a la vida todos sus sentidos. Todos.

¿Podría ser su amante? ¿Sería inolvidable o decepcionante como tantos otros?

«Esto no debería gustarte».

«Demasiado tarde».

Cuando por fin Adam se apartó de ella, Lauryn estaba jadeando como si hubiera corrido varios kilómetros.

—¿Por qué has hecho eso?

—Porque nos están mirando —contestó él, besándola en el

cuello.

El roce de su barba la hacía sentir escalofríos, pero cuando pensaba que iba a derretirse sobre el suelo del patio, él la soltó.

—Si estás lista para la batalla, vamos.

—¿Va a ser peor que lo de antes?

—Normalmente, sí. Las cenas de los Garrison no son para disfrutar, son para soportarlas.

—¿Y por qué vienes?

—Porque son mi familia —contestó él tomando su mano para llevarla a la guarida del león.

Y entonces Lauryn recordó una de las citas favoritas de su padre:

«Hay un precio por cada mentira. Antes de abrir la boca, prepárate para pagar».

La tensión durante la cena se podía cortar con un cuchillo.

A pesar de la aparentemente agradable conversación, Lauryn intuyó cierta hostilidad entre los miembros de la familia, sobre todo entre Parker y su cuñado, Emilio Jefferies. Más tarde tendría que pedirle a Adam que le explicase qué pasaba allí. Pero, por el momento, se alegraba de que la tortura estuviera a punto de terminar.

—Anna está embarazada —anunció Parker, mientras servía el champán.

Lauryn miró a la morena que estaba sentada frente a ella.

—Enhorabuena.

—Gracias. Me habría encantado que tú también estuvieras embarazada. Así habríamos podido comparar notas.

Lauryn tuvo que ignorar la risa desdeñosa de Bonita.

—Quizá dentro de poco —dijo Adam, llevándose la mano de Lauryn a los labios—. Me gustaría brindar por mi esposa, la única mujer que hace que «para siempre» suene como una promesa y no como una sentencia de muerte.

Lauryn estuvo a punto de tirar su copa. Tenía que recordarse a sí misma que Adam estaba actuando y que no había razón alguna para emocionarse cuando decía esas cosas.

Después de brindar, él se inclinó para darle un tierno beso en los labios.

Era bueno. Muy bueno. Y Lauryn casi lamentó que se apartase.

«Es tu marido. Acostarte con él sería normal».

«No, no sería normal. Si no estás enamorada de él y él no te quiere, no sería normal. Espera al hombre de tu vida, alguien a quien le importes de verdad».

Pero lo deseaba. Más de lo que había deseado a nadie.

—Bueno, ya que estamos haciendo anuncios… —empezó a decir Brooke—. Yo también estoy embarazada.

En el comedor se hizo el silencio hasta que Bonita preguntó:

—¿De quién?

—Lo siento, madre, eso no es asunto tuyo.

—Si vas a avergonzar a esta familia con un bastardo como lo hizo tu padre, es asunto mío —replicó Bonita.

Lauryn pensó en Cassie. No, estaba segura de que su nueva amiga no sería bienvenida en aquella casa.

—¿Quién es el padre, Brooke? —Adam lo había dicho con tono protector y esa nueva faceta de su marido la sorprendió.

—Soy una adulta, Adam. No necesito que mis hermanos me protejan. El padre no va a ser parte de la vida del niño ni de la mía.

Bonita dejó la copa sobre la mesa, derramando parte del contenido sobre el mantel de damasco.

—No esperes que el dinero de los Garrison pague por ese error.

Después se levantó, tambaleándose ligeramente, y salió del comedor con Lisette tras ella.

—¿Cómo vas a hacer tu trabajo mientras cuidas del niño? —preguntó Adam—. El padre debería ayudarte, aunque sólo sea económicamente.

—No necesito su ayuda —contestó ella—. Y llevaré al niño a una guardería o contrataré una niñera, como hacen miles de madres solteras. La verdad es que no lo tengo todo pensado. Esto también ha sido una sorpresa para mí, pero voy a tener este niño con el apoyo de mi familia o sin él. Y ahora, por favor, ¿podemos hablar de otra cosa?

Lauryn se emocionó al ver que Adam quería ayudar a su hermana, pero ahora no era el momento porque Brooke estaba muy nerviosa. De modo que apretó su mano por debajo de la mesa y, cuando él la miró, le dijo con los ojos que era mejor dejarlo. Y Adam pareció entenderla porque asintió con la cabeza.

—Tenemos que hacer algo con mamá. Su problema con el alcohol ha empeorado desde que murió papá.

—¿Y qué sugieres? —preguntó Parker—. ¿Que cerremos el mueble bar? Eso no valdría de nada.

—¿Qué tal si ingresara en una clínica de desintoxicación? —sugirió Megan, la mujer de Stephen.

—Es lo único que la salvaría. No va a dejar de beber por su cuenta.

—Pero tampoco ingresará en una clínica por decisión propia —opinó Brittany.

—La obligaremos a hacerlo —dijo Adam, decidido. En ese

momento parecía capaz de hacer que su madre capitulase y Lauryn pensó que no sería un adversario fácil.

—Bueno, vamos a dar una noticia positiva —sonrió Brittany después de unos segundos de tensión—. Emilio y yo pensamos casarnos en Navidad. Y nos gustaría que estuvierais todos en la boda.

—¿Te parece sensato considerando que en Garrison Inc. hay un espía que le pasa información a la familia de tu prometido? —le espetó Parker.

—¡Ya estoy harto! —exclamó Emilio—. Jordán no tiene un espía en la empresa Garrison.

—¿Cómo puedes saberlo cuando admites que Jordán y tú no os habláis siquiera?

—Yo podría encargarme de ello —intervino Adam.

—No, de eso nada. Me encargaré yo —contestó Parker.

—Pues no estás haciendo mucho. Esto viene ocurriendo desde hace meses y si alguien nuevo…

—He dicho que me encargaré yo —lo interrumpió su hermano.

—Quiero ayudar y soy más persuasivo que tú.

—Olvídalo, hermanito. No estamos hablando de seducir mujeres. Esto es un negocio.

Lauryn se puso colorada. Ella era una de esas mujeres a las que, supuestamente, Adam se encargaba de seducir.

Pero los dos hombres parecían a punto de pegarse y decidió intervenir.

—No deberías despreciar la capacidad de Adam para los negocios. Estate es un club que da mucho dinero y que funciona como un reloj. Adam sabe lo que hace y, desde luego, sabe cómo dirigir a los empleados para que hagan su trabajo de la mejor manera posible.

Todos los ojos se volvieron hacia ella y a Lauryn se le encogió el estómago. Por favor… ¿por qué había tenido que abrir la boca? Porque el tono insultante de Parker la había sacado de quicio. Pero aquélla no era su guerra y discutir con los Garrison no era la mejor manera de impresionar a su familia política.

Parker la fulminó con la mirada, nada nuevo para Lauryn porque su padre solía hacer lo mismo, y cuando vio que ella no se acobardaba tuvo que carraspear.

—No necesito la ayuda de Adam porque estoy intentando llegar a un acuerdo con Jordán Jefferies para mantener la paz entre las dos familias.

Todos en la mesa lo miraron boquiabiertos. Todos menos Brooke, que parecía aliviada, seguramente porque su embarazo ya no era el tema de debate. Y Adam, que estaba mirando a su hermana con cara de preocupación.

Lauryn apenas prestó atención mientras Parker explicaba su plan. Algo muy importante acababa de ocurrir en aquella mesa. Y no era el anuncio del hermano mayor.

Entonces recordó la investigación que había hecho para un trabajo de psicología en la universidad. Se había quedado fascinada por la manera en que el orden de nacimiento afectaba a la personalidad y el comportamiento de las personas. Había hecho el trabajo para entender por qué se enfurecía tanto con su padre.

Si recordaba correctamente, el texto decía que los hijos medianos a menudo se sentían invisibles y no era raro que buscasen reconocimiento.

Lauryn estudió a su marido.

Su marido. Le resultaba tan extraño pensar que lo era…

Adam parecía demasiado seguro de sí mismo como para necesitar la aprobación de nadie; aparte de la Cámara de Comercio, claro. Él decía que no era la presidencia lo que le importaba de verdad, sino lo que ésta representaba.

¿Qué representaba ese puesto para él?

¿El reconocimiento de su éxito por parte de la comunidad empresarial de Miami? ¿O el respeto de su familia?

Capítulo Siete

Lauryn lo había defendido.

Adam no recordaba la última vez que alguien había dado la cara por él. Ni su padre, ni su madre, ni sus hermanos. No esperaba que lo hicieran sus hermanas porque, como hermano mayor, era su obligación cuidar de Brittany y Brooke.

Y, sin embargo, Lauryn había intentado defenderlo sin dudar un momento y sin que él se lo pidiera. Ese brillo de fuego en sus ojos cuando hablaba con Parker le había parecido tremendamente *sexy*. Y le hacía desear más.

¿Sería una amante apasionada?

Mientras pensaba en la mujer que estaba en su cuarto de baño, se sentó en la cama y miró la pared que separaba las dos habitaciones. Lauryn no era la primera mujer que se duchaba allí ni mucho menos, pero era la única que lo había hecho desear entrar en el baño para verla desnuda. O, mejor aún, meterse en la ducha con ella y dejar que sus manos y su boca siguieran la dirección del agua…

«Porque cuando una mujer está usando la ducha es porque ya te has acostado con ella y estás deseando meterla en un taxi y enviarla a su casa».

Las mujeres con las que se acostaba nunca dormían allí. Lauryn iba a ser la primera.

Unos minutos después se abrió la puerta del baño y Lauryn salió, envuelta en una nube de vapor. Llevaba el pelo sujeto en un moño con mechones cayendo a los lados.

¿Cómo había podido creerla sosa alguna vez? A pesar de la sencilla camiseta y los pantalones cortos, tenía un aspecto tan deseable que se le hacía la boca agua.

—¿Por qué me has defendido esta noche?

Ella se detuvo, apretando contra el pecho el vestido negro que había llevado a la cena. Era un vestido sencillo, discreto, pero la abertura en la parte de atrás había hecho que Adam estuviera pendiente cada vez que caminaba. Veía mucha más piel en Estate cada noche, pero como Lauryn vestía de manera tan conservadora ese trocito de piel era territorio tabú y, por lo tanto, más deseable.

—Algo en el tono condescendiente de tu hermano me ha sacado de quicio. Me recordaba a…

—¿A quién?

—A mi padre. También él era de los que le decían a todo el mundo lo que tenía que hacer.

De modo que había tenido un padre controlador ¿Sería por eso por lo que era tan conservadora y responsable ahora?

—Lauryn, no necesito que te pelees por mí.

—Ya sé que no.

Adam se levantó de la cama para apartar un mechón de pelo de su cara.

—No necesito que me defiendas, pero te lo agradezco.

—Es lo que una esposa debe hacer, ¿no?

—No tengo ni idea. Todo esto es nuevo para mí.

—Sí, bueno… Adam, yo creo que te has pasado esta noche. Sé que tenemos que hacer que tu familia nos crea enamorados, pero…

—Tú me devuelves los besos. En la playa, en la piscina, en la puerta…

—A lo mejor soy tan buena actuando como tú.

—No se pueden fingir los latidos del corazón o la dilatación de las pupilas —sonrió él, bajando la mirada hasta los pezones marcados bajo la camiseta—. Y eso tampoco se puede fingir.

Lauryn se cruzó de brazos.

—¿Qué quieres decir?

—Que me deseas.

—Yo y otras cien mujeres, por lo visto. Pero parte de ser un adulto es saber que uno no puede tener todo lo que quiere.

—Puedes tenerme —Adam abrió los brazos—. Puedes tenerme cuando quieras.

Lauryn vaciló un momento… antes de sonreír con picardía.

—Eso he oído.

No era la invitación que él había soñado.

—¿Estás esperando el resultado de los análisis? ¿Es por eso?

—No, sencillamente estoy haciendo lo que habíamos acordado —suspiró ella.

Durante la cena se le había olvidado que estaban allí para convencer a su familia de que había sentado la cabeza y buscaba cualquier excusa para tocar a Lauryn. Buscaba oportunidades para besarla porque besarla lo llenaba de una anticipación que no había sentido en mucho tiempo.

¿Cuántos besos le había robado esa noche? ¿Cuatro? No, cinco. Y después del último, en la puerta, estaba tan duro que apenas podía inclinarse para entrar en el descapotable.

—Los acuerdos se pueden cambiar —murmuró, alargando una mano para tocar su cuello—. Deja que te demuestre lo bien que podemos pasarlo, Lauryn.

Ella cerró los ojos un momento, pero los abrió de golpe.

—No.

Adam podría aceptar una negativa si supiera que Lauryn no lo

deseaba, pero no era así.

Entonces, ¿por qué estaban sufriendo los dos? Quería besarla hasta que ella le suplicase que le quitara la ropa y la tirase sobre la cama.

Y seguro que era tan ardiente como imaginaba. No, más ardiente, más húmeda. Se ponía a sudar pensando en ello.

Adam vio que se ponía colorada, como si hubiera leído sus pensamientos.

Oh, sí. Lo deseaba.

—La aprobación de tu familia… —empezó a decir Lauryn—. Por eso quieres conseguir la nominación de la Cámara, ¿verdad?

No podía haber dicho nada mejor para enfriarlo.

—Eso es algo personal.

—El día que me convertí en tu esposa empecé a formar parte de tu vida personal. Si no me lo cuentas, no podré ayudarte.

Adam se pasó una mano por el pelo. Tenía razón, ahora Lauryn era parte de su vida, aunque sólo fuese de forma temporal.

—Quiero ocupar el sitio que me corresponde en Garrison Inc.

—¿Por qué? ¿Dirigir Estate no es suficiente?

—No, no lo es. Mi padre me dejó fuera del consejo de administración cuando estaba vivo y ahora Parker está haciendo lo mismo. Y estoy harto de que me nieguen mi parte del negocio.

—¿Y qué importa eso? Tú tienes éxito con o sin la aprobación de Parker.

—Yo no quiero su aprobación —dijo él—. Me educaron para ocupar un sitio en la empresa familiar. Tengo la formación y la experiencia necesarias para hacer un papel más activo. Y me pregunto si se me niega mi sitio porque conocía la aventura de mi padre con la madre de Cassie y tuve valor para decírselo.

—¿Crees que te están castigando por no permanecer callado?

—Exactamente. Claro que nunca podré estar seguro.

—Sabes que no te dejan fuera por tu falta de talento, ¿verdad? No estaba mintiendo cuando le dije a Parker que diriges una organización que funciona como un reloj. Yo he trabajado en muchos sitios y sé de qué estoy hablando.

Su apoyo hizo que Adam empezase a mirarla de otra manera.

—Gracias. No sé qué decir…

—Eres un típico hijo mediano, ¿lo sabías?

—¿Qué?

—Los niños que nacen entre unos hermanos y otros tienen que encontrar su sitio, su propia manera de triunfar, de llamar la atención.

—Eso es… acertado, supongo. Parker y Stephen siempre han

estado muy unidos entre sí… y con mi padre. Brooke y Brittany son chicas y se llevan bien. Así que yo aprendí pronto a entretenerme solo. Si quería la atención de mis padres tenía que hacer algo más importante o más llamativo que mis hermanos. Y en el proceso adquirí una fama de temerario y de despreocupado que no puedo quitarme de encima, aunque dejé ese comportamiento juvenil hace mucho tiempo.

—¿Y crees que haberte casado ayudará a que olviden esa fama?

—Haberme casado con la mujer adecuada, sí.

Lauryn se volvió hacia la ventana y él siguió la dirección de su mirada. Las luces de un crucero saliendo del puerto de Miami se reflejaban en el agua. La vista del mar había sido la razón por la que compró el ático, pero la vista no lo tranquilizaba esa noche.

—¿Tú eres hija única?

—Sí.

—¿Y cómo son los hijos únicos?

—Conformistas o rebeldes, no hay término medio.

—¿Y tú qué eras? —sonrió Adam.

—¿Tú qué crees?

Él pensó en su forma de vestir, el pelo siempre sujeto en un moño, las gafas que no necesitaba…

—Una conformista. Lo cual está bien, porque una mujer con un pasado salvaje es lo último que necesito.

Y, sin embargo, el deseo de hacerla sentir salvaje en la cama lo tenía tan excitado que estaba a punto de mandar al demonio la promesa de no mantener relaciones sexuales con ella.

Adam se volvió abruptamente y apartó el embozo de la sábana:

—Vamos a la cama.

Ella no se movió.

—Ya te dije que no iba a acostarme contigo.

—Lauryn, sólo hay una cama. Como nos vamos mañana a la casa de Sunset, no he convertido el estudio en un dormitorio.

—Entonces dormiré en el sofá. ¿Tienes una almohada?

—¿Qué pasa? ¿No confías en ti misma?

Lauryn se quedó en silencio unos segundos antes de apartar la mirada.

—Es posible.

Su sinceridad lo sorprendió.

Pero tampoco él estaba seguro de poder controlarse si se acostaba con ella. Y, por mucho que la deseara, no pensaba hacerle el amor hasta que Lauryn estuviera húmeda y disponible.

Hasta entonces, tendría que soportar algunas noches en blanco.

—Acuéstate en la cama. Yo dormiré en el sofá.

El pulso de Lauryn se aceleró y tuvo que pasarse varias veces las sudorosas palmas de las manos por el pantalón. Había tres pasillos en el piso de arriba. ¿Derecha? ¿Izquierda? ¿De frente? ¿Cuál habría sido la habitación de su madre?

Adam cerró la puerta cuando los hombres de la mudanza se marcharon y empezó a subir la escalera con una maleta en cada mano. Con vaqueros y una camiseta de algodón que se pegaba a su torso, destacando un cuerpo que podría haber sido el de un modelo, los bíceps marcados…

«Muy *sexy*. Pero el sexo ya no es suficiente. Nada de revolcones de una noche. Te lo has prometido a ti misma».

Pero esas promesas no podían evitar que se le pusiera la piel de gallina cada vez que él estaba cerca. Y cuanto más tiempo estaban juntos, mayor era la fascinación.

—¿Has encontrado el dormitorio principal?

—No —contestó ella. Ahora que estaba allí empezaba a temer que aquello hubiera sido un error, que los diarios no estuvieran escondidos en la casa.

¿Pero y si lo estaban? No tenía la menor duda de que su lectura cambiaría su vida. Y quizá no para mejor.

—Por aquí —dijo Adam.

Mientras lo seguía, no pudo evitar mirar su espalda… y su bien formado trasero.

«Contrólate, por favor».

—Nuestra habitación es la parte más moderna de la casa, se construyó hace quince años.

Antes de que su madre muriera.

Pasaron por delante de un vestidor tan grande como el salón de su apartamento, con cajones y armarios empotrados. Adam se detuvo para dejar las maletas en el suelo y luego siguió por un pasillo, pasando frente a un cuarto de baño que parecía salido de la revista *Architectural Digest:* suelos de mármol blanco, una ducha redonda con paredes de cristal, una enorme bañera de hidromasaje, encimeras de mármol negro, grifos ultra modernos…

Frente al cuarto de baño, una tercera puerta revelaba un cuarto de estar y el nuevo sofá-cama. ¿Era allí donde iba a dormir?

Lauryn siguió a Adam hasta un dormitorio semicircular decorado en tonos arena, perla y albaricoque, con una enorme cama colocada sobre una tarima de madera con un cabecero tallado como una enorme concha marina. Las paredes eran de cristal y tenía la misma vista de la piscina, el muelle y la pista de tenis. Una tumbona, una

mesita y dos sillones ofrecían un lugar perfecto para desayunar o leer un buen libro.

—Es precioso, pero aquí no hay mucha intimidad, ¿no? Cualquiera que mire desde el jardín podría vernos.

—Con este botón se cierran las cortinas —dijo él, señalando un interruptor.

La suite era más pequeña que el búngalo y más íntima que su ático. ¿Podría compartirla con él y no rendirse al deseo que sentía?

Una imagen apareció entonces en su mente; una imagen que la había perseguido durante todo el día. Aquella mañana había despertado antes que Adam y se había acercado de puntillas hasta la barandilla del segundo piso para verlo abajo, dormido en el sofá del salón. La sábana lo cubría hasta la cintura, pero era evidente que dormía desnudo. Y había perdido demasiado tiempo mirándolo, esperando que la sábana que apenas lo cubría cayera al suelo…

«Voyeur», pensó, poniéndose colorada.

No, sólo era curiosidad.

No, era más que eso. Adam siempre le había gustado y ahora le gustaba más. Y no porque le hubiese regalado un anillo de diamantes o el coche. Eran las pequeñas cosas que había descubierto sobre él, como por ejemplo que fuese tan buen perdedor cuando jugaban al *scrabble*, que fuese tan protector con su hermana pequeña, que no hubiera ridiculizado su miedo a volar, que quisiera ayudar a su madre…

Entendía la difícil relación que había tenido con su padre y su deseo de compensar un pasado no demasiado admirable. Eso era algo que tenían en común.

Y si no estuvieran casados querría salir con él.

A lo mejor Adam no era el mujeriego que decían en las revistas después de todo. A lo mejor sólo era un hombre normal y corriente que quería acostarse con mujeres guapas lo más a menudo posible.

No era un hombre que evitase el trabajo y, si fuera el *playboy* que decían las crónicas, podría haberse quedado en la cama y dejar que los empleados lo hicieran todo, pero no era así.

«Y a lo mejor tú te estás agarrando a un clavo ardiendo porque te gusta».

—La cama es suficientemente grande para los dos —sonrió Adam entonces.

No debería sentirse tentada, pero así era.

—Adam, ya hemos hablado de esto…

—Lauryn —replicó él en el mismo tono. Pero había una invitación al pecado en sus ojos azules, una invitación que ella quería aceptar por mucho que se lo negara a sí misma.

—No me lo estás poniendo nada fácil.

—No —Adam tomó su cara entre las manos. El calor de su palma era tan agradable que sentía la tentación de apoyar la cara en ella.

Y ésa era otra cosa. Adam era sincero, a pesar de la deshonestidad de aquel matrimonio.

La deseaba y no intentaba esconderlo.

«Acostarte con él no sería un intento de buscar aprobación o una forma de retar a tu padre».

Pero no estaría bien. Rendirse al deseo no la acercaría a su objetivo y ella quería pensar en el futuro.

Sin embargo, antes de que pudiera tomar una decisión, él inclinó la cabeza para buscar sus labios, acariciándola con la lengua y tirando suavemente de su labio inferior. A Lauryn le encantaba su forma de besar.

El beso de la noche anterior había sido ardiente, pero no tanto como aquél. Aquél era un asalto a sus sentidos que la hacía olvidar la precaución y el sentido común.

Adam la empujó suavemente contra la pared y metió un muslo entre sus piernas, empujando hacia arriba mientras acariciaba sus pechos por encima de la camiseta hasta que a Lauryn se le encogió el estómago. La erección masculina rozaba su vientre y el calor de su torso la quemaba. Tuvo que apretar los puños para controlar el deseo de tocarlo, de comprobar si lo que había bajo sus pantalones era tan grande como parecía.

Nadie que mirase desde fuera podría ver sus lenguas haciendo un baile sensual ni las manos de Adam sobre su pecho. No había testigos, pero Lauryn quería aquello, lo quería a él; quería que la tocase, quería sentir la pasión que se había negado a sí misma durante tanto tiempo.

El puso una mano entre sus piernas y Lauryn se apartó para buscar aire, apoyando la cabeza en la pared. Adam empezó a acariciarla por encima del pantalón, despacio, sabiendo lo que hacía, y un gemido escapó de sus labios.

«No deberías dejar que te hiciera eso».

«Detenlo. Eres demasiado vulnerable en este momento como para razonar».

«Apártate».

Pero no podía hacerlo. Aún no. El placer, fuera de control, aumentaba de tal forma que estaba a punto del orgasmo.

Casi incapaz de soportar su propio peso, se agarró a los hombros de Adam, apoyándose en la pared para no perder el equilibrio. Y se obligó a abrir los ojos para mirar los de él.

—¿Te gusta?

Lauryn se puso colorada.

—Tú sabes que sí. Pero no deberíamos hacerlo —avergonzada, volvió la cabeza para mirar el jardín—. No hay nadie mirando.

—Esto ha sido para mí. Ya te dije que siempre intentaba conseguir lo que quería. Y te quiero a ti, Lauryn Garrison. Considérate advertida.

Luego le guiñó un ojo y salió de la habitación.

Y a Lauryn se le doblaron las rodillas.

¿Qué había hecho?

Había abierto la caja de Pandora.

Y no estaba convencida de que fuese capaz de cerrarla.

Adam estaba decidido a conquistarla, evidentemente. Le enviaba flores, le compraba joyas, regalos… que encontraba en su almohada, al lado de su plato, en su escritorio. Pero eran sus conversaciones durante el almuerzo lo que empezaba a erosionar seriamente sus defensas.

Aquel hombre sabía cómo conquistar a una mujer.

Pero ella no quería ser una conquista más.

Con tantas emociones, había perdido de vista su objetivo y aún no había empezado a buscar en los vestidores de la casa. Además del dormitorio principal, sólo había echado un vistazo en el piso de arriba. Y en parte era culpa de Adam, que insistía en mantener la imagen de enamorados y no se apartaba de su lado ni un momento.

A las ocho iba a buscarla para ir a algún restaurante de moda donde los vería todo el mundo y donde la tocaba a la menor oportunidad. Y después iban al club hasta las tres de la mañana y seguía tocándola.

Llevaba cuatro días viviendo en la casa de su madre… ¡cuatro días! Y no tenía nada salvo unas hormonas superactivas y un reloj biológico que ya no sabía si era de día o de noche.

«Si fueras sincera con Adam sobre tu madre biológica no tendrías que mentir».

Pronto, se dijo a sí misma. Pronto se lo contaría. Le gustaba demasiado como para seguir mintiéndole sobre la razón por la que se había casado con él.

Adam nunca había estado preocupado por ninguna mujer, pero no podía dejar de pensar en Lauryn, que esa noche había puesto como pretexto una jaqueca para marcharse a casa. Y, de repente, el club lo aburría tanto que decidió marcharse unos minutos más tarde.

Después de conectar la alarma subió al piso de arriba, pero

cuando iba a entrar en su dormitorio vio luz en una de las habitaciones.

¿Habría un intruso en la casa o Lauryn estaría explorando? ¿Se habría encontrado con un ladrón a pesar de las medidas de seguridad o alguien del servicio se habría dejado la luz encendida?

La necesidad de comprobar que Lauryn estaba bien era, de repente, tan urgente como respirar. Adam sacó el móvil del bolsillo, dispuesto a llamar a la policía si era necesario, y entró en la habitación. Allí no había nadie, pero oyó ruido en el vestidor.

Se acercó en silencio y vio a Lauryn arrodillada, golpeando el suelo de madera con los nudillos.

—¿Qué estás haciendo?

Ella lanzó un grito, llevándose una mano al corazón.

—¡Qué susto me has dado!

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

Lauryn se mordió los labios.

—Pues… estoy buscando un compartimento escondido.

—¿Qué?

—Verás… ésta era la casa de mi madre. Mi madre biológica. Estoy buscando sus diarios.

Adam hizo una mueca. Tenía que haber oído mal.

—Lauryn, ¿de qué estás hablando? ¿Estás borracha?

—No, no lo estoy. Y es una historia muy larga —suspiró ella—. Una que debería haberte contado antes de casarnos, pero no sabía cómo hacerlo. ¿Podemos…? Ven, tengo que enseñarte una cosa.

Adam la siguió hasta el vestidor de su dormitorio y esperó mientras sacaba dos carpetas y un montón de cartas unidas por una cinta de su maleta.

El remite era la dirección de aquella casa, sin nombre, sólo con una inicial: L.

—Tras la muerte de mi padre descubrí que no era hija de Susan Lowes. Adrianna Laurence era mi madre biológica. Conoció a mi padre cuando estuvo destinado en Florida, tuvieron una aventura, ella quedó embarazada… y yo soy el resultado. Las cartas que le escribió hablan de un compartimento escondido en esta casa en el que guardaba sus diarios. En uno de ellos escribió: «sólo tú, mis diarios y yo sabemos la verdad». Así que estoy esperando encontrarlos y averiguar algo sobre mí. Y, sobre todo, por qué me abandonó.

Adam sacudió la cabeza atónito. Era imposible que Lauryn se hubiera casado con él por simple coincidencia. Era imposible que hubiera encontrado trabajo en el club por casualidad.

—¿Todo esto ha sido una trampa?

—No exactamente.

—¿Qué entonces?

Lauryn respiró profundamente.

—Vine a Florida tras la muerte de mi padre dispuesta a conocer a Adrianna, pero había muerto y no tenía parientes. Pregunté por ahí, pero me dijeron que su casa había sido vendida. Casi nadie quería hablar conmigo y los que lo hicieron decían no saber nada de una hija —Lauryn golpeó una de las carpetas—. Esto es todo lo que he podido descubrir. Pero no es suficiente.

—¿Quieres reclamar su herencia? —preguntó él.

—No, sólo quiero encontrar los diarios de mi madre para descubrir algo más sobre mí misma. Y cuando descubrí que tú habías comprado la casa, decidí que la única manera de conseguir lo que quería era a través de ti.

—O sea, que me has utilizado.

—Sí, supongo que podrías decir eso. Pero yo no te pedí que te casaras conmigo. Sólo pensaba hacerme tu amiga para… para convencerte de que me dejaras entrar aquí. Tenía que descubrir mi pasado, Adam. El matrimonio de mis padres era una mentira. Mi padre se casó con Susan, la viuda de su mejor amigo, para darme una madre y darle un padre al niño que esperaba Susan… pero el pobre murió antes de nacer. Todo en lo que yo había creído siempre era una mentira. No sabía… sigo sin saber qué es verdad y qué no. Necesito averiguar la verdad.

Aquello era tan absurdo que Adam no podía creerlo.

—¿Y por qué has hecho todo este numerito? ¿Por qué no me contaste la verdad?

—Porque toda esta historia parece sacada de una novela romántica. Pensé que no me creerías.

Y probablemente no la habría creído.

—Cuando descubrí que estabas buscando un contable solicité el puesto y lo conseguí. Pensé que cuando nos conociéramos mejor podría explicarte la situación… pero no fue así. Manteníamos una relación exclusivamente profesional.

Adam recordó entonces que le había dicho que se casaría con él sólo si vivían en aquella casa.

—Te casaste conmigo para vivir aquí.

—Y tú te casaste conmigo para conseguir un puesto en la Cámara de Comercio. Creo que ninguno de los dos se ha casado por amor —replicó ella.

—¿Qué habrías hecho si no te hubiera propuesto matrimonio?

—No lo sé. Estaba intentando reunir valor para pedirte que me dejases entrar aquí —suspiró Lauryn—. Pero pensé que si me decías que no estaría en un callejón sin salida. Adam, siento mucho no

habértelo contado antes. Pero es que… no sabía cómo hacerlo.

Adam se sentía como un tonto. Se sentía traicionado, utilizado.

Le gustaría alejarse de Lauryn, pero anular el matrimonio después de dos semanas daría al traste con sus planes. Perdería la presidencia de la Cámara y el puesto que le correspondía en Garrison Inc.

—¿También es mentira cómo reaccionas cuando te toco?

—Tú sabes que no —contestó ella.

Adam no sabía qué pensar, qué decir.

—Cuando encuentres los diarios, si existen, ¿qué pasará?

—Que seguiremos adelante como habíamos acordado. Te prometí que estaría contigo dos años y eso es lo que voy a hacer.

Si estaba mintiendo se merecía un Óscar, pensó él.

—Bueno, ya hablaremos de esto por la mañana.

—Adam…

—No, déjalo. Ahora mismo quiero estar solo.

Se alejó porque quería creerla cuando todo le decía que no lo hiciera. Sabía que la historia era absurda y estaba harto de mentiras.

Las de su padre para ocultar su aventura con la madre de Cassie. Las de su madre para esconder que bebía.

Primero leería las cartas y lo que hubiera en la carpeta y luego hablaría con Brandon para saber qué debía hacer.

Pero tendría que tomar una decisión.

Seguir con su mujer o echarla de su casa.

Capítulo Ocho

—Te ayudaré a buscar esos diarios.

La voz de Adam sorprendió tanto a Lauryn que estuvo a punto de atragantarse con el zumo de naranja.

La había creído. Pero la felicidad que sintió era por algo más que por la posibilidad de encontrar los diarios de Adrianna.

—¿Por qué quieres ayudarme?

—He hablado con Brandon y me ha dicho que no has incumplido el acuerdo. Aunque te echase de aquí, tendría que pagarte un millón de dólares.

—Ah, es por eso. Pues no te preocupes, yo no aceptaría dinero por un trabajo que no he hecho —replicó Lauryn, dolida—. Pero, por favor, ayúdame a encontrar los diarios antes de que esto termine.

—Esto no va a terminar por ahora. Yo también he perdido recientemente a mi padre y sé cómo afectan esas cosas… y también sé lo que es quedarse sin respuesta a muchas preguntas.

Lauryn se enamoró un poquito de él en ese momento. Pero intentó aplastar ese sentimiento. Su relación con Adam era temporal y no podía arriesgarse a perder el corazón por él. Además, aunque quisiera prolongar aquel matrimonio, no era tan tonta como para creer que Adam iba a enamorarse de ella. Estaba claro que no tenía nada que ver con las mujeres con las que él solía salir.

—He comprobado tu historia de todas formas —suspiró Adam, sirviéndose un café—. Y he leído la necrológica de tu padre. Una pena lo del accidente.

—Murió haciendo lo que más le gustaba: volar. Probando nuevos aviones. Y de uniforme, como él quería.

—Mi padre era igual, vivía sólo para trabajar —dijo él—. Pero, en fin, te sigo necesitando para conseguir lo que quiero.

—No voy a defraudarte, en serio.

Haría lo que tuviera que hacer para ayudarlo a convertirse en el nuevo presidente de la Cámara de Comercio e intentaría hacer ver a Parker que podía contar con su hermano para dirigir la empresa.

—Muy bien, de acuerdo. Tú me ayudas a mí y yo te ayudo a ti.

Lauryn se incorporó un poco para darle un beso en la mejilla.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por ayudarme. Por creer en mí historia.

—Deberías habérmela contado, Lauryn.

—Sí, lo sé. Y lo siento.

—¿Hay algún otro secreto que yo deba conocer?

Lauryn pensó en contarle lo de su juventud rebelde, pero sus días de rebelión habían pasado y no lo afectaban a él. Tommy vivía al otro lado del país… y seguramente estaría en alguna cárcel. Además, la anulación significaba que no habían estado casados. Gracias a su padre, la ceremonia que no podía recordar había sido borrada de todos los registros. Se sentía avergonzada de sus estúpidos errores y tenía miedo de que Adam la despreciase por ello.

—No.

—Me alegro —Adam dejó la taza de café sobre la mesa e inclinó la cabeza para besarla. Nadie podía verlos, pero a Lauryn le dio igual. Lo único que le importaba era el calor de sus labios. No le gustaba admitir que había empezado a participar de esos besos, pero…

Pero Adam se apartó enseguida.

—Te deseo, Lauryn. Y estoy harto de jugar al gato y al ratón.

El ronco sonido de su voz la hizo temblar.

Tenía razón. No podían seguir así. La tensión era insoportable.

—Yo también te deseo.

—Entonces, podemos tomarnos el día libre y buscar los diarios. O podemos irnos a la cama. Juntos.

A Lauryn se le encogió el estómago. Sabía que no sería para siempre, pero le gustaba Adam. Y ya estaba medio enamorada de él.

—He esperado meses para encontrar esos diarios. Creo que puedo esperar unos minutos más.

—¿Minutos? Me subestimas, esposa mía.

Lauryn tuvo que sonreír.

—Demuéstramelo.

Adam la tomó en brazos para salir de la cocina y el corazón de Lauryn dio un salto por lo romántico del gesto.

—Adam, no puedes subir la escalera conmigo en brazos.

—Claro que puedo. ¿Quieres apostar algo?

Se encontraron al ama de llaves bajando la escalera.

—Martina, no nos pases ninguna llamada. Mi mujer y yo no queremos que nos molesten.

—Muy bien, señor Garrison —sonriendo, la mujer se alejó a toda prisa.

Cuando llegaron a la habitación, Adam la dejó en el suelo, tomó su cara entre las manos y la besó. Rabiosamente.

Lauryn deslizó los dedos por su torso, sobre los fuertes latidos de su corazón, al compás de los suyos. Equivocada o no, había tomado la decisión de desatar la pasión que había mantenido sujeta durante

tanto tiempo y ahora estaba deseando desnudarlo.

Tiró de la camisa para tocar el torso cubierto de fino vello oscuro que había admirado en el ático y disfrutó del calor de su piel. Cuando la camisa cayó al suelo deslizó los dedos por sus bien definidos pectorales, pero Adam besó sus manos y las colocó a los lados para quitarle la blusa. Inclinándose, inhaló el perfume de su sujetador de color lavanda y luego bajó las tiras por sus brazos, aprisionándola en una camisa de fuerza de encaje, doblando las copas para exponer sus pechos desnudos a su hambrienta mirada.

Sus pezones se habían endurecido y sus músculos internos se contrajeron de anticipación. Pero Lauryn contuvo el aliento mientras él inclinaba la cabeza para pasar la lengua por una de las aureolas, chupándola, mordisqueándola. Luego enredó los dedos en su pelo y lo sostuvo allí hasta que la espera resultó insoportable y tuvo que echar las manos hacia atrás para quitarse el sujetador. Necesitaba acariciarlo. Ansiosa, bajó la cremallera de sus pantalones y metió la mano para tocarlo. Duro, caliente, suave… desnudo.

—No llevas ropa interior —murmuró, sorprendida.

—No la llevo nunca —contestó él, quitándose zapatos y pantalones.

Su erección se levantó, dura y larga, desde una densa mata de rizos negros, pero no pudo admirarla durante mucho tiempo porque Adam empezó a quitarle la falda, dejando al descubierto una braguita a juego con el sujetador.

—Muy bonita —murmuró, tirando de ella hacia abajo. Luego inclinó la cabeza sobre el triángulo de rizos y respiró profundamente —. Tu olor me vuelve loco.

Cuando la tumbó sobre las sábanas de algodón egipcio, la tela le pareció muy fresca en contraste con las ardientes manos masculinas que le quitaban las bragas… dejándole las sandalias puestas.

Adam se puso en cuclillas para mirarla a placer.

—Eres preciosa.

Lauryn había oído antes esas palabras, pero en los ojos de Adam podía ver que lo decía de verdad. No estaba halagándola para conseguir lo que quería. La deseaba a ella, no sólo sexo. No a cualquier mujer, a ella.

Y, de repente, se dio cuenta de que aquello no era el sexo torpe y sin sentido de su adolescencia. Aquello era… más. Y eso la preocupaba, porque «más» no era parte del acuerdo que tenía con Adam Garrison.

Adam empezó a acariciar sus piernas desde los tobillos, acercándose cada vez más al centro pero desviándose en las rodillas o en el interior de sus muslos hasta que por fin, por fin, estaba donde lo

quería.

Lauryn levantó las caderas ante el contacto inicial de sus dedos, pero Adam se inclinó para poner la cara donde tenía las manos. Entonces hundió la lengua y el grito de éxtasis resonó por todo el dormitorio. Estaba llevándola al orgasmo, pero se detenía a tiempo, repitiendo el asalto una y otra vez hasta que, tensa y desesperada, Lauryn se agarró a sus hombros, suplicándole con acciones más que con palabras.

—Ahora, Adam…

Los ojos azules, cargados de pasión, la mantuvieron cautiva durante un momento. Pero luego se apartó y Lauryn estuvo a punto de gritar de frustración… hasta que se dio cuenta de lo que estaba haciendo.

Un preservativo. ¿Cómo podía haberlo olvidado? Incluso en sus días más locos nunca había olvidado protegerse.

Adam abrió un cajón de la mesilla y sacó un envoltorio cuadrado, pero cuando iba a ponérselo Lauryn se lo quitó para hacerlo sufrir un poco. ¿Quería hacerla suplicar? Pues ella podía devolverle el favor. Sonriendo, pasó suavemente las uñas por su torso, su abdomen, sus caderas y, por fin, sobre el erguido miembro. Su gemido ronco, la contracción de sus músculos y la gotita de fluido en la punta del miembro masculino se combinaron para excitarla aún más. Cuando creyó que no podía esperar, rasgó el paquetito y le puso el preservativo con manos temblorosas.

Antes de que pudiera hacer nada más, Adam la había tumbado de espaldas. Tenía los muslos entre sus piernas y la erección rozando la entrada de su húmeda cueva. Adam levantó su trasero con las manos para enterrarse en ella y Lauryn dejó escapar un grito.

—¿Lauryn?

—No pares, por favor.

—Eres tan estrecha… ¿No serás…?

—No, no, es que ha pasado mucho tiempo. Pero me gusta.

El brillo travieso volvió a sus ojos, aunque la preocupación no se había borrado del todo.

—¿Sólo te gusta?

Lauryn levantó las caderas, apretándose más contra él.

—Me gusta mucho, muchísimo. No puedo esperar…

No tuvo que repetir el ruego porque Adam volvió a empujar una y otra vez, llevándola al orgasmo más rápido y más profundo de su vida. Un orgasmo que fue como un tornado y que la dejó sin aire, agotada. Pero él no había terminado. Adam la convenció para un segundo y un tercer asalto antes de reunirse con ella, llenando la habitación con sus gritos de placer.

Y luego cayó sobre ella, cubierto de sudor. Saciada por completo, Lauryn cerró los ojos mientras acariciaba su pelo.

Sus aventuras adolescentes no la habían preparado para aquello.

No estaba sólo un poquito enamorada.

Estaba total, completamente enamorada de Adam Garrison.

Un hombre que sólo tenía relaciones temporales.

No había roto la promesa que se había hecho a sí misma de esperar al hombre de su vida. Pero había elegido a un hombre que no podía amarla.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Adam.

—¿Cuánto tiempo qué?

—¿Cuándo fue la última vez que te acostaste con un hombre?

Lauryn se mordió los labios.

—Unas dos horas.

Adam la miró como diciendo: «no me tomes el pelo» y ella dejó escapar un suspiro.

—Nueve años —admitió por fin.

—¿Qué? Ahora entiendo que estuvieras tan convencida de que podrías aguantar dos años sin hacer nada. Claro que eso fue antes de que perdieras la cabeza por mí —Adam no podía disimular una sonrisa de satisfacción.

Lauryn puso los ojos en blanco.

—Por favor, no dejes que se te suba a la cabeza.

—Mi cabeza no es lo que tú estás dejando para el arrastre, cariño.

¿Cariño? Adam no sabía de dónde había salido ese término tan cariñoso. Él nunca decía esas cosas.

Sorprendido, siguió golpeando el suelo de uno de los vestidores y, cinco minutos después, uno de los tablones se dobló al empujarlo.

—¡Bingo!

—¿Lo has encontrado? —exclamó Lauryn.

Adam estaba apartando los tablones de una de las esquinas… para revelar un compartimento secreto.

La historia era cierta. Había una docena de libros encuadernados en piel sobre una tela azul, un pañuelo quizá. También había otras cosas: sobres atados con cinta de terciopelo, una cajita de madera…

Lauryn, con las manos sobre el corazón, miraba el botín como hipnotizada.

—¿Estás bien?

—Sí, sí… es que casi había perdido la esperanza de encontrarlos.

Pero me da un poco de miedo leerlos.

—Te preocupa que no te guste lo que pueda haber en ellos.

—Sí. ¿Te parece absurdo?

—No, me parece normal —contestó él—. A mí también me gustaría saber por qué mi padre me dejó fuera de la dirección de la empresa, pero quizá no me gustara la respuesta.

Adam alargó una mano para ponerla sobre las de Lauryn y sintió una conexión que nunca había tenido con nadie. Él no era particularmente cariñoso y, aunque en otro momento habría salido corriendo, sospechaba que Lauryn podría necesitar su apoyo.

—¿Quieres quedarte sola?

—No —contestó ella—. Perdona, es una bobada. Si me ayudas a llevar todo esto al dormitorio puedes irte a trabajar. Estoy bien, de verdad.

Adam no podía negar que se sentía aliviado, pero la verdad era que no quería dejarla sola.

—Como quieras.

—Espera…

Lauryn se inclinó para tomar un papel que había quedado en el hueco.

—¿Qué es?

—Es mi partida de nacimiento —contestó ella—. La original.

—Vamos al dormitorio.

Una vez allí Adam estudió su pálido rostro, la partida de nacimiento temblando en sus manos… y decidió marcharse antes de hacer algo tan estúpido como apretarla contra su corazón.

El sexo era una cosa: enamorarse de ella, otra muy diferente.

—¿Seguro que no quieres que me quede?

—No, el sábado es el día más importante en Estate y… además, probablemente debería hacer esto sola.

Vulnerable. Lauryn parecía vulnerable. No era un adjetivo que le hubiese adjudicado antes. Ella era muchas cosas: capaz, inteligente, despierta, preciosa y *sexy*, pero nunca vulnerable.

—Tienes el número de mi móvil —murmuró, apartando el pelo de su cara—. Llámame si me necesitas.

Y luego se marchó.

Pero no fue tan fácil como esperaba.

—Sigues despierta —dijo Adam.

Sorprendida, Lauryn levantó la cabeza y miró su reloj. Eran las seis de la mañana. Había estado leyendo toda la noche. Ocho horas.

Agotada, cerró el diario que estaba leyendo en ese momento, el que detallaba el embarazo de su madre y su nacimiento.

—Quería tenerme, Adam —su voz sonaba ronca por la emoción y por las lágrimas que había derramado.

—¿Lo dudabas?

—Pues claro que lo dudaba. Nunca intentó ponerse en contacto conmigo, aunque sabía perfectamente dónde vivía.

Y Lauryn había temido algo mucho peor: que hubiera sido una niña a la que su madre no podía amar.

—Pero intentó ser una madre para mí. No entiendo algunos de los términos médicos de este diario, pero Adrianna tenía un problema de corazón. Los médicos y su familia le dijeron que debía abortar porque no era seguro llevar adelante un embarazo, pero ella quiso tenerme y se escapó. Nadie en Miami sabe nada sobre mí porque no le contó a nadie que había tenido una hija y la había dado en adopción. Su familia pensó que se había marchado para que le practicasen un aborto.

Adam se puso de rodillas al lado de la cama.

—¿Y eso es bueno?

—Sí, es bueno. He conseguido las respuestas que quería y tengo que darte a ti las gracias por ello.

—No hace falta.

Lauryn alargó una mano para acariciarle la cara.

—Adrianna murió a los treinta y seis años y a mí me faltan diez para llegar a esa edad. Necesitaba saber si había alguna bomba de relojería en mi ADN, pero lo que tenía ella no es hereditario. Contrajo una infección cuando era adolescente que la dejó delicada del corazón. Dice que sus padres la mimaron tanto desde entonces que no la dejaron vivir como una chica normal. Y luego conoció a mi padre en Fort Lauderdale. Fue el primer hombre que no la trató como si fuera una niña y se enamoraron, aunque su amor no tenía futuro. No sólo por la diferencia de clases, sino porque mi padre era piloto y acababan de destinarlo a California. Cuando descubrió que estaba embarazada, ocho semanas después, pensó que tenerme era su única oportunidad de hacer lo que hacían las mujeres normales. Pero el embarazo debilitó su corazón y temía no tener fuerzas para criar a su hija si sobrevivía al parto. Se puso en contacto con mi padre cuando estaba de siete meses.

A Lauryn se le hizo un nudo en la garganta. Su madre se había arriesgado a morir para darle la vida.

—He leído la carta, Adam —continuó—. Cuando mi padre descubrió que estaba embaraza le pidió que se casara con él, pero Adrianna lo rechazó. Decía que no debían convertir un romance de

una semana en algo que no podía ser. Pero mi padre me quiso, Adam…

—Claro que sí, tonta.

—Cuando Adrianna se dio cuenta de que no tenía fuerzas para cuidar de mí llegaron a un acuerdo de adopción. Y mi padre encontró la solución perfecta casándose con Susan, la viuda de su mejor amigo. Después, Adrianna volvió aquí y prácticamente no salió de casa hasta que murió. Es tan triste… —la voz de Lauryn se rompió.

Adam la tomó entre sus brazos y ella apoyó la cabeza en su pecho. Estar con él la consolaba. Era como si hubiera encontrado el pasado y el futuro allí, en aquella casa, con su marido.

Lauryn lo miró a los ojos y se dio cuenta de que tenía algo más que el ADN en común con su madre.

Como Adrianna, se había enamorado de un hombre con el que no tenía futuro y, como su madre, Lauryn pensaba aprovechar el tiempo que tuviera con él.

Y luego lo dejaría ir. Aunque para hacerlo tuviera que arrancarse el corazón.

Capítulo Nueve

Lauryn notó un delicioso olor a café y se dio la vuelta, sorprendida. Su marido estaba en la puerta del despacho con un vaso de plástico con el logo de su cafetería favorita en la mano y un brillo travieso en los ojos. Ese brillo que siempre aceleraba su pulso.

—Gracias.

—De nada. Pero pareces cansada, creo que te iría bien una siesta. ¿Quieres ir a casa un par de horitas?

Lauryn estaba cansada, pero más feliz que nunca desde que hicieron el amor por primera vez tres días antes; desde que Adam había abandonado el sofá. Hacer el amor con él y luego dormirse entre sus brazos era mucho mejor que cualquiera de sus fantasías.

Oh, sí, sabía que había muchas posibilidades de que aquello acabara en desastre, pero se enfrentaría al adiós cuando llegase el momento y no antes. Mientras tanto, intentaría demostrarle por qué deberían renegociar el acuerdo de dos años.

No quería ni pensar en el momento de la despedida. Le gustaba su trabajo y vivir en South Beach, pero no podría seguir oyendo rumores sobre la última conquista de Adam y viendo las fotografías de esas mujeres en las revistas… como ahora publicaban las suyas.

Lauryn respiraba profundamente cada mañana antes de abrir los periódicos. Había visto su fotografía en las páginas de sociedad varias veces desde que Brandon envió el comunicado de prensa.

—Bueno, vámonos. Estaremos fuera un par de horas, pero volveremos antes de las siete.

Su tono dictatorial no dejaba lugar a discusiones. Curioso, pero a Lauryn no le molestó en absoluto… aunque tenía una montaña de trabajo esperando sobre la mesa.

—Muy bien.

—Vámonos a casa, esposa. Ah, por cierto, en la cafetería me han dicho que un hombre ha estado preguntando por ti. ¿Quién puede ser?

El corazón de Lauryn dio un vuelco, pero decidió olvidar la momentánea alarma.

—Seguramente será algún reportero.

¿Quién si no podía ir preguntando por ella?

—Te has convertido en una criatura de costumbres, cariño.

La voz de su pasado hizo que Lauryn se detuviera cuando iba a salir de la cafetería. Y al darse la vuelta vio a un hombre apartando el periódico con el que había ocultado su cara.

Tommy Saunders.

Su ex seguía pareciendo un motero, desde el pelo largo a la barbita estilo Fu Manchú y los vaqueros rotos. ¿Cómo podía haberlo encontrado atractivo alguna vez?

«Porque todo en él, desde los tatuajes a la coleta, volvían loco a tu padre».

—¿Qué haces aquí, Tommy?

—He venido a verte. ¿Cómo está el sargento?

—Muerto —contestó ella—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a hablar contigo.

—No tenemos nada que hablar, Tommy. Lo nuestro se terminó el día que me pediste que fuera tu cómplice traficando con drogas —contestó Lauryn en voz baja.

Y después salió de la cafetería sin mirar atrás. Pero enseguida oyó los pasos de Tommy tras ella.

—¿No quieres hablar con un viejo amigo?

Lauryn tiró el café a una papelera. Ya no podría tragarlo.

—¿Qué quieres?

—Me han dicho que te has casado con un millonario. Y esa ropa tan cara te sienta bien. Un poco aburrida, pero… una pena que ese matrimonio no sea legítimo.

—¿Cómo?

—Nuestra anulación no fue legal.

El corazón de Lauryn empezó a golpear sus costillas.

—Claro que lo fue.

—No, cariño. Y eso significa que tu matrimonio con ese tipo tampoco lo es —Tommy sonrió, tocando el bolsillo de su chaleco de cuero—. Aquí está la prueba de que la anulación no fue firmada y sellada. A tu papá se le olvidó.

—No puede ser…

No podía ser, era imposible. Sn padre había sido un hombre meticuloso, no podía haber olvidado algo así.

—¿Estás segura? Porque estoy dispuesto a enseñarle esto a todos los periódicos. Todo el mundo cree que eres doña perfecta, pero no te conocen como yo. Y seguro que ese marido tuyo tampoco.

—No puede ser. Te estás tirando un farol.

—¿Estás dispuesta a jugártela?

El padre de Lauryn se había encargado de todo desde que fue a buscarla a Tijuana. Entonces tenía dieciocho años y estaba muerta de miedo. Lo único que ella había tenido que hacer fue orinar en un vaso de plástico para el informe médico y firmar donde le dijeron.

Tenía que buscar la copia de la anulación entre los papeles de su padre, pensó. Pero los papeles de su padre estaban en una caja de

seguridad en California y su madre, la única que tenía la llave, estaba en un crucero hasta la semana siguiente.

—Déjame ver ese papel.

Tommy sacó del bolsillo lo que parecía un documento oficial, pero no dejó que lo tocase.

—No pienso dejar que salgas corriendo con él. Pero mira, además de no haber un sello oficial está esto —Tommy señaló con el dedo un sello medio desteñido que decía Denegada.

Lauryn pensó que iba a desmayarse. ¿Podrían haber denegado la anulación de su matrimonio? No, no, su padre se lo habría dicho. Le habría ayudado a conseguir el divorcio.

—Seguimos casados, cariño.

Tommy tenía que estar engañándola. Tenía que ser así. Pero no había forma de demostrar que mentía. Aunque su madre pudiera llamar al banco para autorizarla a abrir la caja de seguridad, al día siguiente era Acción de Gracias y los bancos cerraban hasta el lunes.

—Tú sabes que eso es mentira. ¿Qué es lo que quieres?

Tommy volvió a guardar el documento en el bolsillo del chaleco.

—Un poco de dinero podría hacer que me olvidase del asunto.

—Eso es extorsión.

—Yo lo llamaría un seguro de vida.

—Podría llamar a la policía.

—Hazlo. Pero entonces este papelito aparecería en todos los periódicos de Miami.

Lauryn tragó saliva. Cierto o no, incluso el menor rumor destrozaría la credibilidad de Adam. Y le importaba demasiado como para dejar que eso ocurriera. Le importaba tanto como para no querer que supiera nada de su estúpido e irresponsable pasado.

Necesitaba tiempo. Tiempo para demostrar que las acusaciones de Tommy no eran ciertas. Y tendría que comprarlo.

—No tengo mucho dinero…

—Venga, por favor, estás casada con un Garrison. O crees que lo estás. Según *Internet*, era uno de los solteros más cotizados de Miami hasta que se casó contigo.

—¿Cuánto quieres por no decir nada? ¿Cinco mil dólares?

—Cariño, que no nací ayer. Cien mil dólares y cierro el pico.

—Yo no tengo cien mil dólares.

—Tu marido sí.

—Tenemos cuentas separadas, no puedo tocar su dinero.

—Entonces tendré que hablar con los periódicos —Tommy iba a darse la vuelta, pero Lauryn lo detuvo.

—Espera, no estoy mintiendo. No tengo ese dinero y no sé cómo

conseguirlo.

—¿Cuánto tienes?

—Veinticinco mil dólares.

—No, lo siento, es muy poco.

—Puedo conseguir hasta cuarenta mil dólares. Pero ni un céntimo más.

Tommy la miró de arriba abajo, pensativo.

—Muy bien, vamos al banco. Pero recuerda, cariño: si dices algo, se lo cuento a la prensa.

—Lauryn, ¿estás bien? —Adam la llamó cuando pasaba por delante de su despacho.

—Sí, sí —contestó ella, sin pararse.

«Díselo».

Pero no podía hacerlo. Aun no. No hasta que hubiera solucionado aquel desastre. Soltando su bolso sobre la silla, Lauryn se puso los dedos en las sienes.

—Has tardado más de lo normal —dijo Adam detrás de ella.

—Es que… me duele un poco la cabeza y he dado un paseo por la playa para ver si se me pasaba.

No era mentira del todo. Después de dejar a Tommy había ido a dar un paseo por la playa porque se sentía sucia y esperaba que la brisa del mar la calmase un poco.

—Estás muy pálida —con expresión preocupada, Adam se acercó para tomarla por los hombros—. ¿Quieres irte a casa?

Lo que quería era borrar el desagradable recuerdo de Tommy y trazar un plan. ¿Cómo podía conseguir una copia del documento que necesitaba? Ni siquiera sabía el nombre del abogado de su padre. Susan tenía que saberlo, pero estaría fuera del país seis días más.

Podría perder a Adam por eso… y aun no estaba dispuesta a dejarlo ir. ¿A quién quería engañar? Nunca estaría dispuesta a romper aquel matrimonio.

—¿Lauryn?

—Abrázame, Adam. Sólo abrázame —murmuró, tomando su cara entre las manos para memorizar la curva de su cráneo, el ángulo de su mandíbula, el brillo de sus ojos—. Si no paramos, nos verá alguien…

—¿Y a quién van a quejarse? Soy el jefe. ¿Dónde tienes el bolso?

—Ahí… ¿por qué?

—Porque soy demasiado viejo para llevar preservativos en el bolsillo del pantalón.

—Yo tampoco llevo.

—Dame tu bolso.

—¿Por qué?

—Porque guardé uno ahí la semana pasada.

—¿Qué?

Mientras ella tomaba el bolso, atónita, Adam cerró la puerta con llave. Ni siquiera se había dado cuenta de que estuviera ahí.

—¿Qué se te ocurrirá la próxima vez?

—Ven aquí, esposa —dijo él, tomándola por la cintura—. Y recuérdame que compre un sofá para tu despacho.

Lauryn cerró los ojos mientras la besaba, intentando grabar en su memoria el calor de sus labios.

Tendría que contarle lo de Tommy y, cuando lo hiciera, Adam probablemente la odiaría. Le había preguntado si había más secretos en su vida y ella le había dicho que no. Nunca creería que ella pensó que su pasado no tenía importancia. Qué ingenua había sido.

Pero antes tendría que soportar la cena de Acción de Gracias y luego el cumpleaños de Bonita, que Adam quería celebrar en el club. Y después le contaría su sórdido pasado y rezaría para que la entendiese.

Mientras él desabrochaba la cremallera de su falda, ella desabrochaba su camisa, el cinturón, los pantalones. Los dos estuvieron desnudos en unos segundos. Su ardiente piel le quemaba las manos, la boca. No podía cansarse de él.

—Lauryn —musitó, cuando empezó a acariciarlo—. Me encanta lo que me haces, pero ahora mismo necesito estar dentro de ti.

Adam la sentó sobre el escritorio y se colocó entre sus piernas. Consciente de que había empleados al otro lado de la puerta, Lauryn se mordió los labios para no hacer ruido mientras él la embestía una y otra vez.

«Demasiado pronto, espera».

Quería que durase, saborear ese calor, esa tensión… pero el orgasmo llegó como una tormenta rompiendo un dique y no pudo contenerse.

Adam terminó casi a la vez y dejó caer la cabeza sobre su hombro, mientras el sonido de sus jadeos llenaba el despacho.

Lauryn lo apretó contra su pecho hasta que quedaron pegados el uno al otro. No podía decirle adiós. No podía perderlo.

Y no pensaba dejar que Tommy Saunders arruinase su vida sin pelear.

Capítulo Diez

—Quiero más dinero.

Tommy.

Lauryn estuvo a punto de soltar el teléfono. Adam estaba en el cuarto de baño, afeitándose para la cena de Acción de Gracias en casa de su madre.

—No tengo más dinero, Tommy —dijo en voz baja.

—No juegues conmigo, guapa. Estoy mirando tu casa ahora mismo. Si no me crees, asómate por la ventana. Esa casa debe de valer millones.

Lauryn se acercó a la ventana y vio una barca cerca del muelle, con Tommy al timón. ¿Aquel hombre estaba loco?

—No puedo conseguir más —insistió, mareada.

—Pues busca la manera de hacerlo.

—No…

—Entonces, dame el anillo de diamantes. Puedes decirle a tu marido que lo has perdido. Él te comprará uno nuevo. Bueno, el anillo estará asegurado, así que no tendrá que gastarse un céntimo.

Lauryn miró su anillo de compromiso. Cuando se lo regaló no estaba enamorada de Adam, pero ya no pensaba separarse de él.

—No puedo hacer eso.

—Entonces este canario va a cantar.

—No, por favor. Dame unos días más. Una semana.

—¿Has dicho algo, cariño? —la llamó Adam.

—No vuelva a llamar —dijo Lauryn, antes de colgar—. Era alguien pidiendo dinero para no sé qué…

Otra retorcida versión de la verdad.

«Hay un precio por cada mentira. Antes de abrir la boca, prepárate para pagar».

Adam se acercó a ella, recién afeitado y con una sonrisa en los labios. No podía creer cuánto lo amaba. Nunca había sentido nada así por ningún otro hombre.

—¿Lista para otra cena con los Garrison?

Lauryn estaba segura de que no podría probar bocado hasta que hubiera resuelto aquel asunto con Tommy.

—Estoy deseándolo.

—Mentirosa —Adam la estrechó en sus brazos—. Pero ya has sobrevivido a dos cenas, seguro que puedes sobrevivir a otra más. El año que viene organizaremos la cena aquí.

Lauryn rezaba fervientemente para que hubiera un «año que viene», pero le parecía casi imposible.

El insistente sonido del móvil despertó a Adam el viernes a las siete de la mañana. Sólo llevaban en casa tres horas y las sábanas aún no se habían enfriado después de hacer el amor con Lauryn.

Medio dormido, se levantó de la cama y, con el móvil en la mano, se dirigió al estudio para no despertar a su mujer.

—¿Sí?

—¿Has leído el periódico?

Era Parker.

—No, estaba dormido. Anoche tuvimos una fiesta en Estate. Ya sabes que yo vivo como los vampiros.

—Tu mujer ha salido en la portada.

—¿Lauryn? ¿Por qué?

—Su marido dice que es bígama.

—Yo no…

—No tú. Su primer marido.

Adam miró el teléfono como para comprobar si estaba soñando.

—¿Su primer marido?

—Eso es lo que dice el tipo —suspiró Parker—. Te has metido en un buen lío, hermanito. Pero ya he llamado a Brandon de tu parte. Y será mejor que le preguntes a tu mujer quién es ese Tommy Saunders y si sigue casada con él.

Parker colgó después de eso, dejándolo estupefacto.

Adam volvió al dormitorio y miró a Lauryn en la cama, tan pálida como las sábanas.

—¿Quién es Tommy Saunders?

Ella cerró los ojos un momento.

—Mi exmarido.

—Pero dijiste que nunca habías estado casada.

—Y no he estado casada. Me casé y el matrimonio se anuló al día siguiente. Tenía dieciocho años y me fui a Tijuana con un chico con el que salía… para enfadar a mi padre. Tommy me pidió que me casara con él y yo le dije que no, pero echó algo en mi copa…

—¿Qué?

—Echó algo en mi copa, Adam. Ni siquiera recuerdo la ceremonia. Y luego me dijo que nos haríamos ricos vendiendo droga… sacando cocaína de México. Yo me asusté mucho y llamé a mi padre, que fue a buscarme a Tijuana inmediatamente. Él se encargó de la anulación —las palabras salían de su boca como un torrente.

—Entonces estuviste casada.

—El matrimonio se anuló.

—Pero estuviste casada.

—Sí, pero…

—Me has mentido. Otra vez.

—Adam, por favor…

—¿Cuántas mentiras me has contado, Lauryn? ¿De cuántas maneras piensas destrozarme la vida?

—No pensé que mi pasado importara.

—Según Parker, está en la primera página del periódico. Y yo te dije que necesitaba una esposa que no hubiera dado escándalos.

—Ya no soy la cría que era a los dieciocho años.

—No, ahora eres la mujer en la que se ha convertido esa chica. Una que miente, utiliza y engaña a su marido. Si estamos legalmente casados, claro. ¿Lo estamos?

—Creo que sí.

—¿Qué significa eso?

—Tommy me dijo que la anulación fue denegada. Yo creí que estaba mintiendo y le di dinero para que no dijese nada…

—¿Le diste dinero? ¿Cuánto?

—Cuarenta mil dólares —contestó ella, levantándose de la cama para ponerse la bata.

Durante unos segundos, al verla desnuda, Adam la deseó. ¿Cómo podía desearla sabiendo que era una mentirosa?

—Mi padre era un hombre muy concienzudo, estoy segura de que hizo las cosas bien. Si la anulación hubiera sido denegada, habría organizado los papeles del divorcio. Pero yo no tengo una copia de la anulación, así que no puedo demostrar que Tommy está mintiendo…

—Déjalo, no sigas. Creo que ya has dicho más que suficiente.

—Te quiero, Adam —susurró Lauryn.

Otra mentira. Pero aquella dolía más que todas las otras.

Porque él la quería.

Se había enamorado de su mujer.

Pero en aquel momento no podía ni mirarla siquiera. Adam se dirigió al vestidor, tomó una maleta y empezó a meter cosas en ella.

—¿Qué haces?

—Alejarme de ti. Me voy al ático.

—Pero Adam… lo arreglaré, te lo prometo. Por favor, dame una oportunidad. Sólo necesito un poco de tiempo.

—Lo siento, Lauryn, pero creo que ya te he dado muchas oportunidades. Guárdate las mentiras para otro.

Mientras se vestía, ella dejó que una solitaria lágrima rodase por su rostro.

—Escribe aquí todo lo que sepas sobre ese marido tuyo —le

espetó Adam momentos después, dándole un papel—. Su nombre, la descripción, todo. Voy a hacer que lo detengan por extorsión.

Lauryn vaciló. Y ese breve momento de vacilación, combinado con los remordimientos y la preocupación que veía en sus ojos, destruyó las esperanzas de Adam. Lauryn seguía sintiendo algo por aquel hombre.

«¿Cómo has podido estar tan ciego, Garrison?».

—¿Llamaste a tu amante en cuanto te propuse matrimonio para urdir esta trampa? ¿Queríais dinero?

—¡No! Tommy no es mi amante. No he vuelto a verlo en nueve años.

—Perdona si no te creo —dijo Adam, irónico—. Ese canalla y tú os merecéis el uno al otro.

—Adam, te equivocas.

—Olvida tus grandes planes, querida. No vas a conseguir ni un céntimo más.

—Lo siento, Adam. Te juro que yo no quería hacerte daño.

—¿Lo sientes? ¿Lo sientes? Lauryn, has destrozado todo lo que me importa. «Lo siento» no vale de nada.

Luego se dio la vuelta con la maleta en la mano y salió dando un portazo.

Había paparazzi al otro lado de la verja de hierro, como buitres dando vueltas sobre la carcasa de su matrimonio.

—No quiero más sorpresas, Brandon —estaba diciendo Adam—. Quiero saber todos los detalles que Lauryn olvidó mencionar sobre su vida.

—Entonces tendrás que contratar a un investigador privado. Ace Martin es el mejor para eso —el abogado sacó una tarjeta del cajón.

—Gracias.

—Te has enamorado de ella —dijo Brandon entonces.

—No.

—Te has enamorado de Lauryn. Incluso Cassie vio que saltaban chispas entre vosotros.

—Eso era puro deseo. Lauryn no quería acostarse conmigo.

—Otras mujeres te han mentido antes que ella y nunca te había molestado tanto.

—No estoy molesto, estoy furioso. Todo lo que quería conseguir se ha destruido de un plumazo. Bigamia, por el amor de Dios…

—Ella sería la culpable si el marido está diciendo la verdad, no tu.

—Espero que no sea verdad —suspiró Adam, tomando un trago de whisky.

Brandon señaló la copa.

—Es el tercer whisky que tomas en menos de media hora. Y una de las cosas que más me gustan de ti es que estás todos los días en un club nocturno, pero nunca bebes más de la cuenta. ¿Piensas emborracharte esta noche?

—No te preocupes, no voy a hacerlo.

—Adam, piensa un poco —suspiró su amigo—. A ojos de la ley, una vez que un matrimonio es anulado es como si nunca hubiera tenido lugar. Y eso era lo que Lauryn creía.

—¿Estás diciendo que esa tontería de que la drogó es verdad?

—Podría ser. Deja que Ace investigue el caso un poco. Y el asunto de su madre…

—Eso es verdad. He visto los diarios y las cartas.

—Y, sin embargo, no parece interesada en reclamar la herencia que le corresponde.

Adam se pasó una mano por el pelo, nervioso. Brandon tenía razón. La herencia de los Laurence valía mucho más que el millón que él le había ofrecido. Y había sido él quien le había propuesto el matrimonio y el dinero, no al revés.

¿Podría haberse equivocado sobre ella? ¿Estaría diciendo la verdad? ¿O habría urdido aquel plan con Tommy Saunders para sangrarlo?

¿Y le importaba? Sí, mucho.

¿Seguía Lauryn enamorada de Saunders? ¿Seguiría casada con aquel canalla?

—Brandon, quiero que tú te encargues del divorcio.

—¿Por qué quiere hablar ahora cuando el resto de los Garrison se limita a decir «sin comentarios»?

—Porque ha cometido usted un terrible error —contestó Lauryn, mirando a la periodista que había cubierto la noticia—. Adam es completamente inocente.

Había decidido llamarla para ofrecerle una exclusiva y contarle toda la verdad… salvo la parte del matrimonio de conveniencia.

—¿Cree que lo que me ha contado exonera a Adam Garrison?

—Él no ha hecho nada malo. Adam no sabía nada de mi pasado ni de la anulación de mi matrimonio. Yo creí que no era relevante, por eso no se lo conté. Me daba vergüenza mi pasado, pero ya no soy esa persona —Lauryn suspiró—. Pagué a Tommy para que no dijera nada, aunque aún no sé si está diciendo la verdad sobre la anulación, porque

quiero demasiado a mi marido como para hacerle daño. Pero ahora, por culpa de un error del pasado, el mejor candidato para la presidencia de la Cámara de Comercio de Miami está siendo insultado en los medios de comunicación.

—¿Está anunciando oficialmente el interés del señor Garrison por ser nominado?

—Adam sería un presidente extraordinario porque conoce mejor que nadie el mundo empresarial, pero sólo él puede anunciar su candidatura. Mi propósito hablando con usted es explicarle que él es una víctima inocente, nada más —Lauryn tomó su bolso y se levantó —. ¿Saldrá esto en el periódico de mañana?

—En cuanto haya verificado los hechos.

La condescendiente actitud de la mujer durante la entrevista había sacado de quicio a Lauryn. Y ese último comentario consiguió enfurecerla.

—¿No debería haberlos verificado antes de publicar su artículo? ¿No se le ha ocurrido pensar que si Tommy Saunders ha mentido sobre la anulación ha acusado usted falsamente a una Garrison de bigamia? ¿Que eso podría ser considerado libelo y que su credibilidad quedaría en entredicho?

Lauryn vio que la mujer palidecía intensamente mientras se daba la vuelta para salir del despacho. Estaba segura de que los Garrison no se aprestarían a la batalla para defenderla a ella, pero sí lo harían para limpiar el nombre de Adam.

A pesar de no llevarse bien, entre ellos había un lazo familiar que Lauryn envidiaba. Y quizá sacrificar su reputación y su orgullo haría que Parker diese un paso adelante y le demostrase a Adam lo importante que era para todos ellos.

—¿Qué es esto?

Lauryn sintió que su corazón se rompía en mil pedazos cuando Adam apareció en la puerta de su despacho con el periódico en la mano, furioso.

—He concedido esa entrevista para limpiar tu nombre. Hasta que pueda ir a California a comprobar los papeles de mi padre es lo único que puedo hacer.

—No quiero tu ayuda, Lauryn. De hecho, puedes quedarte en California si te parece. Haré que te envíen tus cosas lo antes posible, junto con los papeles del divorcio… si son necesarios.

Lauryn apretó los labios. Esas palabras habían sido como una bofetada, pero se mantuvo en su sitio porque aquélla era una batalla que no estaba dispuesta a perder.

—Adam, tú mismo me dijiste que querías olvidar un pasado del que no estabas orgulloso. ¿Por qué es diferente en mi caso?

—Yo no he mentido sobre el mío.

—Tampoco yo. No te conté cosas que me parecieron irrelevantes y que pensé que tú no querrías escuchar.

—¿Estás diciendo que querías protegerme?

—Pensé que sí, pero supongo que quería protegerme a mí misma. ¿Recuerdas nuestra conversación sobre cómo el orden de nacimiento afectaba a la personalidad? Te dije que los hijos únicos se conformaban o se rebelaban; pues bien, yo me rebelé contra mi padre. No fui una buena chica como tú creías, Adam. Durante mucho tiempo se lo hice pasar mal a mis padres. Ahora me avergüenzo de ello, pero… entonces era una cría. No estoy orgullosa, pero no puedo cambiar el pasado. Había prometido ayudarte a conseguir la nominación y eso es lo que estoy haciendo.

Adam la miró sin expresión alguna. ¿La entendía? ¿Estaba escuchándola siquiera?

—Dime una cosa, Adam. ¿Un hombre tan enamorado como para escaparse a Bahamas para casarse cuanto antes abandonaría a su mujer de repente? ¿Saldría corriendo ante el primer obstáculo? Si lo haces, este matrimonio de conveniencia saldrá a la luz.

—¿Eso es una amenaza?

Ella dejó escapar un suspiro.

—No. Yo nunca he querido hacerte daño.

—Eres tú quien debería preocuparse de que tus mentiras salgan a la luz. Las tonterías que le contaste a la periodista sobre el amor a primera vista no se tienen de pie.

Lauryn se puso colorada, pero se había prometido a sí misma ser sincera con él. No más secretos.

—Es la verdad. Me sentí atraída por ti desde el primer día. Eres inteligente, atractivo, muy agradable con la gente y tu entusiasmo por el trabajo es contagioso. Todos tus empleados hacen lo que sea para complacerte, incluso yo. Pero luego empecé a oír rumores sobre las legiones de mujeres con las que te acostabas y me dije a mí misma que lo mejor sería olvidarte.

—Lauryn…

—Pero no pudo ser. Te quiero, Adam. Me enamoré de ti el día que te pasaste horas de rodillas buscando los diarios de mi madre porque era importante para mí.

Adam se dio la vuelta abruptamente, dejándola con la palabra en la boca.

—El miércoles por la noche organizo aquí el cumpleaños de mi madre. Y no quiero que vengas.

—Pero tenemos que presentar un frente unido si quieres salir de ésta con tu credibilidad intacta.

—¿Es que no lo entiendes? Cualquier posibilidad de conseguir la nominación o de que Parker me tome en serio ha desaparecido por completo por culpa de tus mentiras.

—Creo que te equivocas. Y pienso demostrártelo.

—¿Seguro que quieres hacer esto? —preguntó Lauryn.

—Pues claro que quiero conocer a tu marido y a tu familia política —contestó Susan, mientras el taxi salía del aeropuerto de Miami—. Si Adam no puede perdonarte es que no te merece y pienso decírselo a la cara —siempre tan optimista, su madre apretó su mano —. Aunque no creo que sea necesario. Además, nunca me he colado en una fiesta. Será divertido.

La idea de que su seria y correcta madre entrase en algún sitio sin invitación hizo que Lauryn sonriera.

No sabía cómo había podido olvidar que Susan Lowes siempre se había puesto de su lado. Incluso después de confesarle su apresurado matrimonio, la búsqueda de los diarios, la aparición de Tommy y el escándalo que había removido los cimientos de la alta sociedad de Miami, no había hecho más que apoyarla. La única pregunta que le hizo fue: ¿estás enamorada de él?

Y cuando Lauryn contestó que sí, su madre dijo que tenían que volver a Miami y solucionarlo.

—Gracias por venir, mamá. Después de lo mal que me he portado contigo…

—Estabas herida y confusa, hija, lo entiendo. Debería haber insistido en que tu padre te contase la verdad cuando cumpliste dieciocho años en lugar de esperar, pero como Adrianna había muerto…

—Y mi comportamiento…

—Sí, bueno, admito que tuvimos eso en consideración. No queríamos exacerbar los problemas. Pero tenías derecho a saberlo. En fin, tu padre y tú os parecíais tanto…

—¿Papá y yo?

—Desde luego que sí. Tu padre siempre fue un poco rebelde.

—Pero tú lo querías.

Susan sonrió.

—Al principio no. Al principio nos peleábamos mucho. Me casé con él porque estaba embarazada y sola y… me pareció que era lo único que podía hacer. Pero vi su lado más tierno cuando perdí el niño y desde entonces le quise mucho. Voy a echarlo de menos, hija.

Tragándose las lágrimas, Lauryn apretó la mano de su madre. El matrimonio de sus padres no había empezado con amor, pero había terminado así.

¿Podía esperar ella lo mismo?

Adam no podía concentrarse en la conversación… ni en nada. Miraba a las doscientas personas más influyentes de Miami, todos invitados a la fiesta que había organizado para su madre, pero no era capaz de dar palmaditas en la espalda ni de ganarse la nominación a la presidencia de la Cámara de Comercio. De hecho, le daba igual que los invitados lo pasaran bien o no.

Todo el mundo le había preguntado por Lauryn. Aparentemente, el artículo del periódico los había impresionado.

—Adam —la voz de una de las camareras lo devolvió a la realidad—, hay alguien que insiste en hablar contigo.

¿Lauryn?

—¿Quién? ¿Dónde?

—Ahí, en la puerta.

Pero no era su mujer, sino Ace Martin, el detective al que había contratado. Y, a pesar de todo, se sintió decepcionado. Le había dicho a Lauryn que no fuese a la fiesta y ni siquiera sabía dónde estaba en aquel momento. Podría estar en California con Saunders, pasándolo en grande.

—Martin, gracias por venir.

—¿Podemos hablar en privado?

—Sí, claro —después de tomar un ascensor privado para ir a su despacho, le hizo un gesto para que se sentara—. Dígame qué ha descubierto.

—Saunders mintió —el detective empezó a sacar unos papeles del maletín—. La anulación se llevó a cabo sin ningún problema. Saunders la drogó, como ella le dijo. Estos informes médicos lo confirman.

Adam tragó saliva. Lauryn y él seguían casados y ella le había dicho que lo quería.

—Todo lo demás también es cierto. Su padre era un militar muy estricto y ella lo desafiaba como cualquier adolescente, pero no tiene antecedentes penales. Buena estudiante, popular entre sus compañeros, una chica normal… un poquito rebelde, nada más.

—¿Y Saunders?

—Lo detuvieron ayer en California. El idiota seguía teniendo el dinero y el documento falsificado con él. No es el más listo del mundo, desde luego. Se ha ofrecido a devolver el dinero a cambio de una

reducción de condena. Por lo visto, no quiere estar mucho tiempo en prisión. Ha estado allí varias veces por tráfico de drogas.

—¿Estaba solo?

—Sí. Lauryn no estaba con él —contestó el detective.

Adam suspiró, aliviado.

—Gracias.

—¿Puedo hacer alguna cosa más por usted?

«Encontrar a mi mujer».

Pero Adam no dijo eso. Aunque pudiese encontrarla, Martin no podría hacer que lo perdonase o que dejara de querer a Saunders.

—Nada más. Gracias por su ayuda.

—Sólo estaba haciendo mi trabajo. Es muy agradable descubrir que alguien es inocente, para variar.

Inocente. Pero él la había condenado. Había sido el juez, el jurado y el verdugo. Y seguramente Lauryn lo odiaba por ello.

Después de darle un cheque al detective, lo acompañó a la puerta y se apoyó en la pared. Lo último que le apetecía era volver a la fiesta. Quería encontrar a Lauryn y pedirle perdón.

Por dudar de ella.

Por no decirle que la quería.

¿Sería ya demasiado tarde? Probablemente. Sin embargo, tendría que intentarlo o no se quedaría tranquilo.

Pero cuando subió a la sala donde tenía lugar la fiesta vio a una preciosa rubia al lado de su madre y de Brooke.

Lauryn había vuelto a casa.

—Te pareces a ella —empezó a decir Bonita Garrison antes de que Lauryn pudiera escapar.

—¿A quién?

—A tu madre. A tu madre biológica, Adrianna Laurence.

Lauryn se quedó sin respiración. Estaba deseando preguntar, pero no quería hacerlo para no ofender a su madre.

Sin embargo, fue Susan quien tomó la iniciativa.

—¿En qué se parecía, señora Garrison? Yo nunca he visto una fotografía de Adrianna, aunque mi marido hablaba de ella de vez en cuando.

Bonita parecía lamentar haber sacado el tema y miró hacia la barra, incómoda.

—Adrianna era morena, pero la estructura ósea es la misma. El perfil, los ojos, la barbilla…

Aquella noche Bonita no estaba borracha y Lauryn se preguntó si

sería por decisión propia o si Adam estaba controlando a los camareros.

—¿La conoció bien? —le preguntó Lauryn.

—Adrianna solía acompañar a su madre a las fiestas.

—¿De verdad? ¿Cómo era?

—Un problema para sus padres, siempre buscando la manera de llamar la atención. Al leer la entrevista que concediste al periódico me acordé de ella. Espero que ya no tengas necesidad de ser el centro de atención después de haber organizado esta debacle.

—¡Madre! —exclamó Brooke.

—Tiene usted razón, señora Garrison. Por ahora, lo único que quiero es ser una buena esposa para Adam.

«Si me deja».

—Adrianna hizo lo que pudo por salvar a su hija. Tú has hecho lo que has podido para salvar a mi hijo. Quizá tengas alguna buena cualidad después de todo. Pero habrá que verlo.

—¡Madre! —repitió Brooke.

—No pasa nada, es verdad.

—Lauryn —la voz de Adam interrumpió la conversación.

Y cuando se volvió allí estaba, alto y atlético, con su pelo oscuro y sus ojos azules.

—Tommy mentía —le dijo, desesperada.

—Lo sé.

Había algo en sus ojos, una emoción que no podía identificar.

—Adam, ve a pedirme un gin tonic. El camarero se niega a servirme.

—Lo siento, madre, nadie va a servirte alcohol esta noche —contestó él.

—Pues entonces no va a ser un cumpleaños muy feliz, ¿no? —Bonita se levantó del sofá y Brooke la siguió, suspirando.

—Le pido disculpas por el comportamiento de mi madre. Soy Adam Garrison.

—Susan Lowes, la madre de Lauryn.

—Encantado de conocerla, señora Lowes. Ha criado a una hija asombrosa.

—Sí, es verdad —asintió ella tranquilamente—. Cariño, ¿te importa decirme dónde está el lavabo?

—Es esa puerta de ahí.

Cuando se quedaron a solas, Lauryn intentó calmarse. No estaba preparada para esa conversación. No estaba preparada para arruinar su última oportunidad con Adam.

—¿Cómo has sabido lo de Tommy?

—Contraté a un investigador privado.

—Ah, claro. Supongo que era mucho esperar que me creyeras.

—Lauryn…

—No pasa nada, Adam, lo entiendo. Le he hecho daño a demasiada gente.

—No le has hecho daño a nadie. Sencillamente, no me lo contaste todo. Y el pasado no tendría la menor importancia si el imbécil de Saunders no hubiese aparecido por aquí con un papel falsificado. Tu pasado, como el mío, es parte de lo que eres. Hemos cometido errores, pero hemos aprendido de ellos. Yo he cambiado y tú también.

¿No la odiaba? El corazón de Lauryn se llenó de esperanza.

—No esperaba que el pasado viniera a torturarme, pero debería habértelo contado todo, Adam. Tú tenías mucho que perder. La nominación…

—Olvídate de la nominación. Si los miembros de la Cámara no se dan cuenta de que estoy cualificado para el puesto, ellos se lo pierden.

—¿Y el puesto en el consejo de administración de la empresa Garrison?

—Ya no estoy interesado —contestó Adam—. Tú tenías razón, estoy haciendo lo que me gusta hacer, invirtiendo en lo que me gusta sin tener que responder ante nadie.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro —asintió él—. Y sé que no soy totalmente inocente en todo lo que ha pasado. Mis razones para casarme contigo eran… completamente egoístas y absurdas.

¿Significaba eso que aún había una oportunidad para ellos?

—Pero ya está bien de hablar de errores —siguió Adam—. Tú sabes que tienes derecho a pedir tu parte de la herencia de los Laurence. Heredarías millones.

—Ah, no lo sabía.

—La herencia es para el último superviviente de la familia y ésa eres tú. Después de un año buscando algún pariente las propiedades fueron vendidas, pero el dinero está en un fideicomiso.

—No tenía ni idea.

—Piénsalo. Y habla con Brandon, él te dirá qué opciones tienes.

—Sí, lo haré —Lauryn sacudió la cabeza—. ¿Por qué me cuentas esto, Adam?

Él apretó su mano.

—Porque tendrás dinero suficiente para hacer lo que quieras, para vivir como quieras. Y con quien quieras.

—Tú sabes que el dinero no tenía nada que ver —suspiró Lauryn

—. Sólo quería saber quién era mi madre biológica y qué había pasado. En realidad… quería comprobar que yo no había sido una niña a la que ni siquiera su madre pudo amar.

Ese había sido su gran miedo. Pero al decirlo en voz alta por primera vez encontró comprensión en los ojos de Adam.

—Según el detective, ya han detenido a Saunders en California y lo juzgarán por extorsión… a menos que tú quieras retirar los cargos.

Confusa, Lauryn arrugó el ceño.

—¿Por qué iba a retirarlos?

—No sé… quizá aún te importe. Sé que presentaste la demanda para ayudarme, pero si quieres seguir con él…

—¿Seguir con Tommy? —lo interrumpió ella, atónita—. No siento nada por ese hombre. Es un delincuente y debe estar en la cárcel.

—¿Entonces por qué dudaste cuando te pedí que pusieras por escrito todo lo que supieras de él?

Lauryn recordó aquella mañana, cuando Adam estaba guardando sus cosas en una maleta.

—Porque me di cuenta en ese momento de que todo lo que me había dicho mi padre era verdad. Si me hubiese quedado con Tommy ahora estaría en la cárcel —al decirlo no pudo evitar un escalofrío—. Puede que fuese una niña querida por sus padres, pero durante cinco años hice todo lo posible por convertirme en una adolescente a la que nadie pudiese querer. Tuve mucha suerte de que mi padre y mi madre me quisieran lo suficiente como para seguir apoyándome.

—¿No vacilaste porque quisieras a Saunders?

Ella hizo una mueca de asco.

—¿Cómo voy a quererlo si te quiero a ti? Sé que hice mal guardando secretos y que quizá nunca puedas perdonarme. Y si eso es lo que quieres, te daré tu libertad. Pero me gustaría que nuestro matrimonio funcionase.

Adam cerró los ojos y respiró profundamente. Y cuando volvió a abrirlos, a Lauryn se le doblaron las rodillas al ver el amor que había en ellos.

—Si puedes perdonarme por portarme como un imbécil cuando tus ojos y mi corazón me decían que debía creerte, entonces quiero renegociar nuestro acuerdo.

Lauryn tragó saliva.

—¿Renegociarlo?

—Dos años no es suficiente. Bueno, cincuenta años no serían suficientes. Quiero una eternidad contigo. Ni un segundo menos —Adam se llevó su mano a los labios—. Y quiero que este anillo represente las promesas que nos hicimos en la playa. Te quiero,

Lauryn Garrison. Y quiero pasar el resto de mi vida contigo demostrándote cuánto te necesito. Y, si te parece bien, podríamos llenar la casa de tu madre biológica con sus nietos.

Una felicidad inmensa llenó el corazón de Lauryn.

—De acuerdo… pero con una condición.

—Dime.

—No tienes que pagarme por ser tu mujer. Ese es un trabajo que quiero hacer completamente gratis.

Adam le hizo un guiño mientras tiraba de ella.

—Trato hecho, cielo. Y te aseguro que éste es un acuerdo que no vas a lamentar nunca.

Fin